Último primer día □□

Valentín E. Anchaba □□

Capítulo 1

El Escape

Le dolían las piernas y el estómago. El sol le quemaba la frente. Lanzaba eructos cortos que llevaban consigo una leve sensación ácida. Más le vale no vomitar. Algunos de sus compañeros habían caído ya ebrios, incluso uno de ellos acabó con suero en el hospital. Se reirían de él hasta la próxima semana. Era lunes. Y este sería su último primer día de clases.

- ¡Ruggeri! – gritaron desde atrás.

Santiago se giró y comenzó a caminar de espaldas. La Av. Independencia estaba atestada de estudiantes de último curso que se dirigían al colegio E.N.E.T. La idea del festejo era emborracharse todos en la Plaza General Paz e irse caminando y bebiendo hacia la escuela. Allí dejarían todo el alcohol a un lado y tendrían su primer día de clases alcoholizados, algunos drogados también. No faltará el listo que cuele una caja de vino dentro de las aulas y cause problemas para todo el curso.

Mientras buscaba con la mirada a quienes le habían llamado, Santiago oyó una extraña noticia en la radio del coche patrulla que los custodiaba delante de la marcha. Al parecer una estúpida empresa farmacéutica dejó escapar a un sujeto de pruebas infectado por una rara enfermedad y este comenzó a atacar gente por la calle. Decían los testigos que buscaba morder a la gente y se necesitaron varios agentes para derribarlo. Un par de ellos se vieron mordidos y heridos de gravedad, al sujeto enfermo tuvieron que matarlo. Los locutores alegaban que podía ser una especie de rabia o algo parecido.

No encontró a nadie. Mientras se volvía para caminar con normalidad, una chica a su lado sostenía a un gordito con su camiseta blanca bañada en sudor. Santiago se acercó.

- ¿Qué pasa hermano? – le preguntó.

- No me siento bien – decía el chico.

Caminaba con la cabeza gacha, su rostro estaba pálido.

- Hay que llevarlo para que vomite en un tacho de basura o algo – le susurró a la chica.

La chica junto con sus amigas se lo llevaron al gordito a un lado. Santiago siguió su camino anhelando un buen trago de agua. Atrás se oyeron

arcadas y un líquido que se escurría por las bolsas de basura. Algunos se rieron y burlaron, nadie se detuvo.

- ¡¿Qué pasó Emeri?! – gritaron a su lado - ¡¿No te la bancás?!

Era Cabañas, uno de sus compañeros de curso. Tenía puesto un casco de constructor amarillo al cual le había agregado dos chapas metálicas que sostenían sendas latas de cerveza caliente a los lados. De las latas salían dos tubos que utilizaba para tomar. Iba sin camiseta y tenía escrito en su pecho: "Promo 99".

- Lindo dibujo – le dijo Santiago.

- Gracias, Rugge – respondió palmeando su hombro.

- Yo se lo hice.

A un lado apareció un chico pequeño y menudo que utilizaba una remera demasiado grande para él, Farías. Llevaba una lata de pintura en una mano que sacudía mirando alrededor. Santiago sospechaba que llevaba más latas en la mochila. Todos llevaban la misma camiseta que decía "egresados" en la parte de enfrente con los colores rojo, azul y blanco.

Una de sus compañeras, Roma, se acercó a ellos. Llevaba la remera ajustada y atada en un moño por encima del ombligo. Santiago intuía que no llevaba corpiño, se había tirado una botella de agua encima por el calor y juraría que se translucían sus pezones.

- ¿Escucharon que pasó, vírgenes? – preguntó.

Movía sus dos coletas rubias de lado a lado mientras caminaba dando pequeños saltitos.

- ¿Qué pasa? ¿Vas a contar o te lo tengo que sacar a la fuerza? – preguntó Santiago.

- Ay Rugge, no te hagas el gallito conmigo ¿querés? – respondió ella.

- Yo escuché por la radio del patrullero algo de un tipo infectado o algo así – añadió.

- Se dice zombi, idiota – dijo Roma.

- Sería hermoso que se suspendan las clases por eso – dijo Cabañas.

Ella sacó la lengua y se alejó meneando sus caderas hasta que

desapareció detrás de la masa de gente. Todos la miraron hipnotizados.

- Que puta que es – interrumpió Farías.

Riendo entraron en el colegio. La primera de sus asignaturas era Matemática, y vaya si Santiago estaba contento. Su profesora, Marina, era la mujer más encantadora y hermosa que hubiese puesto pie en aquella escuela. Siempre le decía lo enamorado que estaba de ella, incluso gritándolo en medio de toda la clase, provocando las risas de sus compañeros. Ella se volteaba, sonreía con picardía y seguía escribiendo ejercicios en el pizarrón.

Con una erección notoria, Santiago se acomodó los pantalones lo mejor que pudo y pidió permiso para ir al baño. Cuando llegó a la puerta volteó a mirar al resto de la clase. Estaban destruidos. El calor de verano lo único que lograba era fermentar aún más el vino en sus entrañas. Allí va el futuro del país, pensó, y se fue por el pasillo.

Giró hacia la izquierda y salió al patio. El sol le abrasó las corneas, provocándole jaqueca. Con una mano haciendo de visera admiraba el colegio vacío. Ni un alma se arrastraba por aquellos días finales de verano. Solo los conserjes y encargadas de limpieza, cuyos monos de trabajo estaban empapados de sudor. Santiago sintió pena por ellos.

Entró al baño aún con nauseas. Aquí no le vería nadie, podría vomitar si quisiese. El fuerte olor a orina le llegó al cerebro como una bofetada, despertándolo. Tras comprobar un inodoro que no estuviera tapado o defecado cerró la puerta detrás suya. Se arrodilló con solemnidad y esperó. No fue muy difícil, sin dudas tenía práctica al respecto, pero eso no le quitaba lo desagradable. Con cada arcada juraba que no bebería nunca más.

Se limpió los labios con la muñeca y tiró de la cadena. No funcionaba. No vería el día en que esta escuela de mierda tenga baños decentes. A su lado, las paredes estaban pintadas, escritas y hasta manchadas con algo que parecía excremento. Incluso había marcas de dedos, como pinturas rupestres.

Se volteó para salir, pero se percató de otra cosa. Su erección seguía en pie. Estaba tan duro como el mármol del lavamanos. Estaría así el resto de la clase, eso era seguro. Entonces decidió que era hora de tomar medidas drásticas.

- Justicia por mano propia – susurró.

Riendo se sacó bajó el cierre y se puso manos a la obra. No le resultaba difícil evocar imágenes seductoras y fantásticas de su profesora. Aquellos ojos, esas pestañas prominentes. Grandes pechos bien armados. Caderas

con hermosa curvatura. Y ese encanto que le ponía como un puto toro. Allí estaba, arrodillada ante él, con el palo entre los dientes. Gimiendo, Santiago subió la tapa del inodoro y se preparó para la eyección. Faltaba tan poco …

La puerta de entrada al baño se abrió de un sonoro golpe. Santiago se mordió los labios mientras su eyaculación se veía frustrada y la imagen de Marina se difuminaba en la nada.

- Ruggeri.

Esa voz acusadora era bien conocida. Santiago salió del cubículo de inodoro con una ira palpitante. Maroni, el Regente. Con su barriga se paró entre las dobles puertas, sosteniendo un archivador en una mano.

- ¿Qué hace en el baño a primera hora? – dijo el hombretón. Su cabello engominado reflejaba la luz del sol – Eso le pasa por andar tomando antes de venir al colegio, como si esto fuese el club de su barrio. ¡Vuelva a clases!

- Un segundo – dijo Santiago.

Se volvió y vomitó en el lavamanos. Era la última descarga que necesitaba. No le daba miedo aquel gordo y su papada infinita, estaba en último año y no le expulsarían por nada en el mundo. Mientras se lavaba la cara, Maroni se acercó con pasos largos y firmes. Cerró la canilla y tomó al chico por el hombro. Estaban cara a cara.

- ¿Qué haces? – le preguntó Santiago.

- ¡Agg! – gritó el regente con repulsión – El aliento que tenés pendejo. No me importa que seas del internado, si este año seguís así de impresentable te mando a echar ¿entendiste?

- Seguro que a todos les decís lo mismo – respondió en voz baja.

- ¡No te hagas el vivo!

Maroni le había tomado los mechones de pelo de la nuca con fuerza. Santiago gritó de dolor, parándose de puntillas. Hizo un ademán y se quitó el brazo de encima, salió corriendo por la puerta y se dirigió al aula.

Cuando iba llegando a la puerta de ingreso al patio, se oyó detrás:

- ¡Directo a clases te vas eh!

Santiago se detuvo con la mano en el picaporte. Se volteó y vio a Maroni dirigirse hacia los talleres, perdiéndose en la oscuridad del pasillo al otro

lado del patio. Lo lamentaba por su amada Marina, pero de pronto no tenía muchas ganas de ir a clases. Entonces abrió la puerta y dobló en dirección contraria a las aulas. Se dirigía al internado.

Al llegar a un recibidor acristalado (al que llamaban "la pecera"), se encontraría con el encargado. Hugo era un tipo comprensible, si encontraba un buen motivo para llevarlo a la cama, lo concedería. Pero Santiago debía ser persuasivo, de verdad tenía que convencerlo, de lo contrario traería consecuencias.

Sentado en su oficina, Hugo resolvía un cubo de rubik mientras escuchaba una extraña noticia en la radio sobre una rara enfermedad que se propagaba con rapidez. Le dio asco la noticia, por lo que cambió de estación a una FM que transmitía los mejores hits de Palito Ortega por su cumpleaños número cincuenta y ocho. Mientras tarareaba "viva la vida y las mujeres", rellenaba el lado blanco sin perder de vista los cuadros azules y rojos.

De pronto escuchó un golpe estruendoso en la entrada a la pecera. Bajó ambos pies del escritorio y dejó el cubo de rubik sobre el mismo. Encontró al chico de La Carlota, Ruggeri, caminando con dificultad. Se apoyó en el pilar central del recibidor acristalado, con la cabeza gacha, tratando de erguirse y con la baba chorreándole por todo el piso.

- ¡Ruggeri! ¿Qué te pasa? – dijo.

Santiago no dijo nada, se limitó a gemir, incapaz de articular una palabra. Hugo se lo llevó al hombro, cargando con su alta estatura.

- Mira que ponerte tan borracho al pedo – decía por lo bajo.

Entre quejas lo levantó escaleras arriba, el chico se resbalaba de tanto en tanto, incluso se golpeó la cabeza con el pasamanos. Llegaron a las habitaciones y lo depositó en una de las camas. Encendió el ventilador y se durmió al instante.

- ¿Cómo carajo le explico ahora a Maroni? – se preguntó en voz alta.

Lo dejó al azar y cerró la puerta. Oyendo las pisadas que se alejaban por las escaleras, Santiago comenzó a reír. Nadie le creería cuando se los contase, era un verdadero maestro del engaño. Se sacó las zapatillas y su camiseta y respiró profundo con una sonrisa idiota en su rostro.

No tardó mucho en comenzar a dormirse. Estaba en esas primeras instancias donde no sabes si estas soñando o no cuando oyó raros sonidos fuera, en las calles. Un gran tráfico se alzaba de la nada y los coches patrullas encendieron sus sirenas en estado de alarma desenfrenada. El alcohol sirvió para ignorar todo aquello, el cuerpo necesitaba descansar.

Lo aludió a los inicios de un bello descanso y un sueño extraño.

Estaba muy equivocado.

Era mediodía cuando se durmió. Se despertó al anochecer. Miró por la ventana y el sol se estaba ya ocultando detrás de las casas y los árboles lejanos. El cielo estaba teñido de un tono naranja muy placentero. Su estómago rugió, estaba hambriento como un caballo. La cabeza le tamborileaba como un martillo neumático. Buscó en su bolso un ibuprofeno y se lo tragó sin agua. Era momento de enfrentar a Hugo, tenía que fingir la peor resaca de su vida, si es que no la sentía ahora.

Salió al pasillo y atisbó ambos lados. No había nadie. Ahora que lo pensaba, nadie vino a despertarlo cuando terminaron las clases. Ya debían estar los cocineros preparando la cena. Con paso tranquilo y bostezando bajó las escaleras. La escuela estaba en silencio, solo se oían sus pasos y su eco. Llegó abajo y dobló el pasillo en dirección a la cocina. No se olía nada. Abrió la puerta y no encontró a nadie allí. Su estómago volvió a crujir, impaciente. Se acercó a la alacena y rebuscó entre las bolsas. Sacó un trozo de pan y se dedicó a comerlo mientras salía hacia el patio.

Mientras masticaba con aire distraído llegó a la pecera. Si hubiese girado su cabeza hacia la izquierda habría visto un patrullero estampado contra un poste de luz y la calle desierta. No lo hizo porque el sol estaba radiante en sus últimas horas. “La última vez que tomo”, se dijo. Claro que no.

Pero tampoco había nadie en el patio. Salió por la puerta de la pecera y se acercó al quiosco. Un silencio incómodo ponía a Santiago en tensión. La fotocopiadora estaba abierta, con un montón de papeles tirados y la máquina encendida esperando papel. Entró con el ceño fruncido y tocó el botón de apagar. El pequeño zumbido que producía el aparato se detuvo. Se terminó el pan y lo tragó con rapidez.

- ¿Hola?

Se acercaba a la abertura que conectaba con el quiosco. No hubo respuesta. Traspasó el velo de la cortina y se asomó. Inspeccionó la parte de atrás y luego el patio. Estaba solo. Con los brazos como jarras miró el reloj de pared. Las 19:22. Su estómago volvió a crujir. Se giró y contempló el quiosco, todas las golosinas y salados que él quisiera estaban allí esperándole. Pensó en salir a buscar a alguien, pero ya fue. Cerró las ventanas del quiosco y se fue hacia la parte de atrás.

En pocos minutos se había preparado un café con leche, un tostado y abrió un paquete de papas. Cuando terminara se serviría un alfajor Águila o algo así. Comía apurado, no solo por el hambre sino por el miedo que alguien le descubriera. Sin embargo, ningún alma se arrastraba por los pasillos de las aulas. Esto le daba una gran sensación de libertad y al

mismo tiempo le preocupaba ¿Dónde se hallaban los demás residentes y encargados del internado?

Todas estas preguntas se las tragó junto con el jamón y queso. Cuando hubo terminado suspiró y se apoyó en la mesada junto al microondas. Eructó tan fuerte que se abría oído hasta el piso de arriba. Se levantó, tomó un chocolate y salió al patio con aire descuidado. Mientras cerraba la puerta del quiosco oyó un murmullo detrás suyo. Era la dueña.

- Gloria – dijo con alegría fingida – Te saqué un chocolate, te lo habría pedido, pero no había nadie …

La mujer no dijo nada. Entraba al patio techado caminando con dificultad. Su pierna derecha sangraba y caminaba apoyando el tobillo. Respiraba con dificultad y su rostro estaba pálido. Lanzaba horribles alaridos de dolor, un repugnante olor a carne podrida inundó el aire. Su pañuelo albiceleste se balanceaba en su cuello.

- ¿Gloria estas …?

Ella interrumpió con un grito. Dentro, sus piezas dentales estaban sucias y manchadas de sangre. Estaba a unos diez metros y aun así Santiago podía ver sus ojos inyectados en sangre. Estaba fuera de sí y se acercaba a paso decidido, cojeando y alzando una mano hacia Santiago.

Se comenzó a alejar de ella, el chocolate se le cayó de la mano y se estampó contra el suelo. Estaba temblando por la sensación que le producía aquel ser aberrante y trágico. Era algo por completo desconocido para él. La sangre le chorreaba de la pierna desde una herida inmensa. Unos dientes muy afilados le royeron la piel.

Caminando de espaldas, Santiago recordó las noticias que circulaban antes de caer dormido. No les había prestado atención, pero si estaban en lo correcto, entonces aquella infección se propagó más rápido de lo que parecía. Respirando con rapidez se volvió y corrió hacia la puerta que daba hacia la calle. Esta estaba acristalada, igual que la pecera, por lo que Santiago presenció el choque del patrullero y la caída del poste de luz sobre el mismo. Intentó abrirla, pero no hubo caso. Se volvió y Gloria seguía caminando hacia él.

Ahora era pánico. Su mente se tornó en blanco. El picaporte no cedía y se dispuso a romper la ventana. Tomó carrera para darle una patada, pero con las últimas luces del día llegaron más. Un festival de horror, una marcha de podredumbre caminaba fuera, rodeando a la escuela, custodiando sus salidas. Vagaban sin rumbo, como almas perdidas, con las fauces ensangrentadas y los brazos colgando. Allí comprendió que no

tenía salida.

Se giró temblando, hiperventilándose. Gloria estaba a unos pocos pasos. Se lo tragaría, le comería el cuero cabelludo y le chuparía los sesos como si fuese espagueti. Si no hacía algo, moriría.

En la pared, a su lado, había un hacha de emergencia contra incendios. Sus cristales estaban rotos, siempre lo habían estado y al parecer nunca se utilizó. Con un codazo los rompió del todo y la tomó con ambas manos.

- Gloria – dijo gimiendo – no quiero hacer esto … por favor.

Sus súplicas de nada sirvieron. Nada había quedado de aquella anciana amable y bajita, tan importante para él como su abuela. De pronto se abalanzó sobre él y Santiago interpuso el hacha entre ambos. Creía que su fuerza sería suficiente, pero la vieja parecía tener energías sobrehumanas y lo empujaba contra el cristal como un luchador de sumo. Gimiendo, Santiago le puso el hacha entre sus dientes fétidos. Ella mordió el metal con tal fuerza que se arrancó dos dientes frontales. Esa fue la última señal que necesitaría.

Gritando la empujó y la pateó en el pecho. Esta cayó con fuerza y buscaba levantarse. Santiago le dio un fuerte golpe con el mango del hacha en la frente. Su cabeza rebotó salpicando algo de sangre, pero seguía intentando erguirse. Llorando le puso su pierna sobre el pecho, sus jeans resistían a los arañazos que la señora le propinaba.

- Perdón – susurró.

Levantó el hacha y al bajar la cabeza de Gloria se partió al medio. La sangre la salpicó la cara y la ropa. Soltó el hacha y se hizo hacia atrás, tambaleante. El hedor repugnante le recordó a la sensación que había tenido al iniciar el día. Temblando se topó con la puerta de cristal a sus espaldas y se dejó caer apoyado en la misma. Juntó ambas piernas y se las abrazó, agachando la cabeza. En aquella posición fetal levantaba la vista con incredulidad. Gloria no se había levantado.

Llorando miró hacia atrás. Los últimos rayos de luz se extinguían, los demás cuerpos seguían caminando entorno a la escuela, con aquella expresión vacua y salvaje que les dominaba. Uno de ellos se volteó y caminó directo hacia la pared de cristal. Aquel hombre, cuya camisa tenía un gran agujero lleno de sangre en medio del pecho, golpeó su cabeza contra el cristal y allí se quedó. Santiago tragó saliva, esperando en su pavor. Aquel hombre, con el rostro blanco y la mirada perdida, se volteó y siguió su camino. Detrás de él se apiñaban todavía más infectados, la mayoría de ellos estudiantes. Para su sorpresa, reconoció a Roma, la hermosa chica que le había dicho aquella expresión: zombis. Caminaba

aún con la camiseta atada sobre el ombligo y sendas coletas en el pelo. Había sido mordida en el cuello.

Santiago se alejó suspirando. Arrancó el hacha de la cabeza de Gloria con un asqueroso sonido. Arrastrándola se dejó llegar hacia un cesto de basura. Con horribles arcadas vomitó todo lo que había comido en el quiosco, salpicándose trocitos de pan en las zapatillas. El olor no lo sintió, más bien se había mezclado con el del cadáver.

Su garganta se quemaba por la acidez. Caminando con lentitud volvió a entrar en el quisco y cerró la puerta con llave, también las ventanas. Apagó las luces y se fue hacia la cocina. Allí se agazapó con el hacha apoyada en la mesada y una botella de agua en la mano. En aquella oscuridad su mente ansiaba que todo esto fuese un sueño, una pesadilla. Se preguntaba por su hogar, alejado de las ciudades, en el campo de su pueblo, La Carlota. ¿Cómo estará su familia, su madre, su padre y su pequeña hermana? ¿Qué habrá sucedido con sus compañeros y amigos? ¿Seguirá Clara viva? Todo fue demasiado para él, de pronto el destino del mundo era una incógnita. El caos se había propagado en unas pocas horas mientras él dormía. Lo habían olvidado, dejándolo tirado y abandonado como un perro dentro de aquellas habitaciones. No sabría decir si fue buena suerte o mala fortuna.

Lloró desconsoladamente durante un buen rato. Trató de hacerlo en silencio, no quería atraer a más infectados. No quería salir de allí. Tal vez no sea necesario hacerlo, allí tenía lo que necesitaba para sobrevivir. Agua y comida, aunque no la más nutritiva y saludable, pero servía. Podría quedarse allí durante unos días, esperando que alguien le vaya a buscar.

Alzó la cabeza, ahogando un grito. Se levantó de súbito y encendió la luz. Allí la encontró, apostada sobre el microondas, una radio pequeña con su antena en alto.

- Por favor decime que tenés pilas – suplicó.

No las tenía. Ambos huecos para las doble A estaban vacíos. Desesperado comenzó a buscar en los cajones unas de repuesto. Utensilios de cocina, papeles y bolsas de cartón. Frustrado gritó hacia adentro, golpeando la mesada con fuerza y lastimándose los nudillos. Sobándose por el dolor recordó algo que podría salvarle la vida. El control remoto del televisor que había en el comedor utilizaba doble A.

De acuerdo, se dijo. Tenía que encontrar una manera de salir de allí y para ello debía entender la situación de fuera. Encerrado no tendría la información que necesitaba. Debía salir. Tomó el hacha con brazos temblorosos y se aferró a ella. Se guardó la pequeña radio en el bolsillo trasero y abrió la puerta. El rechinar de los goznes le dio el suficiente pánico como para salir pitando de allí. Caminaba rápido y con sigilo. Abrió

la puerta de la pecera mirando sobre sus hombros.

El mismo pasillo que había atravesado hace una hora, ese tan conocido, se convirtió de pronto en el corredor de la muerte. Por suerte no se había topado con nadie allí, pero las cosas podían cambiar. El sudor que caía por su frente no era por el calor, sino la fría sensación del horror. Sus palmas se resbalan del mango metálico de su arma. Los hilillos desenfrenados de su respiración se escapaban de su nariz con rapidez. Su corazón latía más y más rápido. Cada puerta a su lado, cada pasillo que se abría a un costado, eran potenciales emisarios de la muerte. Su corazón volvió a su lugar cuando llegó al comedor.

Buscó el control detrás del televisor, sin hallarlo. Mierda, Hugo lo escondió antes de que todo pasara. El muy hijo de puta siempre encontraba un escondite nuevo, ya que los internos siempre lo descubrían. Respirando con profundidad volvió a asomarse al pasillo. Uno de los tubos de luz fluorescente titilaba intermitente. La luz del día que se proyectaba en el suelo pulido se había extinguido. Solo quedaba silencio.

Al llegar a la oficina cerró la puerta con llave. Un cubo de rubik casi terminado estaba tirado en el suelo. Sobre el escritorio estaba la vieja radio de Hugo. Intento encenderla, sin conseguirlo. La dio vuelta y descubrió que no tenía pilas.

- ¿Para qué carajos tenés una radio sin pilas? – se preguntó.

Reprimió su frustración y siguió buscando entre los papeles. Al fondo del segundo archivador encontró el control remoto. Tenía dos pilas doble A.

- ¡Si! – gritó.

Se tapó la boca al instante. El control se cayó de sus manos y se estampó contra el piso. Las pilas salieron volando, una cayó al lado de la puerta y la otra bajo los archivadores. Insultándose a sí mismo se tiró al piso y comenzó a estirar la mano hacia el fondo para alcanzarla. De pronto su oreja se paró, alerta. Creyó haber escuchado unos pasos. Hizo silencio unos momentos. No se oía nada.

Al terminar con su empecinada tarea tenía el brazo lleno de tierra y telarañas. En su mano estaba la dichosa doble A. Seguro Hugo las sacaba y las usaba para la radio. El viejo ratero era incapaz de comprar un par de pilas. Tomó ambas y sacó la radio del bolsillo. Las introdujo con manos temblorosas, el hacha descansaba con el filo ensangrentado apoyada sobre la puerta. Levantó la antena y la encendió. Estática.

Extasiado empezó a girar la perilla en busca de alguna estación al aire. El sonido monótono del silencio ininterrumpido le encogía el corazón. Estaba a punto de llegar a la última estación, con una horrible sensación de

desamparo, cuando oyó una voz entrecortada. Volvió, y al otro lado se oía un mensaje grabado.

- … fuera de control. Encomendamos a todos los supervivientes a encontrar un lugar seguro y por sobre todas las cosas NO SALIR AFUERA, l os infectados son altamente peligrosos. En cuanto se recupere el orden de la situación se tomarán medidas para rescatar a todos los ciudadanos. Manténganse a salvo …

Tras eso seguía una estática y se repetía el mensaje. La voz de aquel hombre se oía tensa y nerviosa. Santiago dejó la radio sobre el escritorio y posó sus brazos sobre su cintura. Caminaba cabizbajo con la mirada perdida alrededor del mueble ¿Qué carajos haría ahora?

Luego de esa pregunta, las luces se cortaron. Se asomó a la ventanilla de la puerta y comprobó la eterna oscuridad de las calles más allá del cristal de la pecera. Algunas siluetas negras atravesaban ese extenso vacío, como emisarios del horror. Al final del pasillo se oyeron pasos. Pasos que se acercaban vacilantes, indiferentes. La luz de la luna se filtraba ahora lo suficiente como para distinguir a los infectados que se acercaban a la oficina. Agachado y con los ojos como platos los vio pasar. Sus pisadas, húmedas, se alejaban por el pasillo.

¿Cómo escaparse ahora? ¿Valía la pena? ¿Era lo mejor hacer caso a los militares que sonaban en la radio? Para saberlo, lo mejor sería cerciorarse por sí mismo de la situación. Pero no podía inspeccionar ventana por ventana, puerta por puerta. Eso le llevaría horas. Sentado contra la pared se golpeaba la nuca contra la misma, sudando a chorros, forzando a su cerebro a encontrar una alternativa.

Había olvidado el olor a podrido que rebasó toda la escuela. Como una tempestad aquella vaharanda se coló por debajo de la puerta, como un recordatorio mortal de la terrible circunstancia en que se encontraba. Olía peor que el excremento de las vacas y ovinos que pastaban en el viejo rancho de su abuelo. Recordó vagamente las largas noches en las que llevaba a Clara al techo de aquella casa y contemplaban el extenso campo y sus animales, el cielo y las estrellas. Recordó el olor de su cabello, siempre perfumado.

Eso era. Se levantó con tranquilidad. Tenía que acceder al techo. La forma más segura y rápida de todas las posibilidades estaba al final del pasillo del segundo piso de las aulas. Allí había una especie de terraza donde deberían haber edificado un par de aulas más. Si conseguía subir tendría una vista clara de toda la manzana. En el peor de los casos los caminantes estarían rodeando todo el edificio. Ojalá hubiese una oportunidad de abandonar aquel infierno. Valía la pena el intento.

Sus tripas crujieron de dolor. Emeri no se había movido de la habitación del conserje por más de diez horas. Apenas había llegado a la escuela sus compañeros le jugaron una broma y le encerraron allí, metiéndose la llave quien sabe dónde. Seguía agazapado debajo del ángulo formado por la escalera sobre su cabeza. Delante de él quedaban los restos de un charco de vómito que no pudo evitar soltar. Luego de un incomprensible caos colectivo, donde todos corrían y gritaban, las ventanas se rompían y las ropas eran rasgadas, sobrevivo un silencio sepulcral que arrastró consigo un horrible aroma como a pescado pasado. Fuera los automóviles y motocicletas se habían detenido, en el momento del desastre los choques se daban en todas las esquinas. Nadie había venido a ayudarle. Nadie vivo.

Hasta el momento, el golpear monótono de la puerta de chapa seguía erizándole los pelos. Intentó pedir ayuda, gritando. Mala idea. En seguida unos pasos coléricos se acercaron. Al mirar por la cerradura vio un hombre con la mandíbula desencajada, como si le hubiesen metido una patada en la cara. Parecía no importarle. Durante las últimas horas, solo le importaba seguir golpeando y rasgando la puerta. Emeri tenía hambre y sed. Entre el calor y sus lágrimas que caían a mares se había deshidratado. Tenía la boca pastosa con un horrible sabor ácido. A cada segundo que pasaba sentía estar a punto de desmayarse. Sabía que algunas personas habían muerto allí fuera, era consciente y fue testigo de ello. Pero le parecía deprimente y hasta cómico su destino. Todo por culpa de sus estúpidos e inmaduros compañeros.

Se irguió y se sacó la camiseta. Empapada, cayó con un sonido seco sobre el piso. Hacía ya un rato que se había cortado la luz. Solo podía ver un leve reflejo de la luna a través de la rendija inferior de la puerta, entre los zapatos de su nuevo amigo. Juraría haber visto alguna rata detrás del armario, arañas colgando en las esquinas de la pequeña habitación. Sería su último recurso. Preferiría esperar hasta el último momento, el último aliento. Incluso estaría dispuesto a morir de hambre. Pero nunca sería capaz de soportar la necesidad del apetito.

Pronto perdió noción del tiempo. Los segundos se convirtieron en horas, las horas en segundos, aunque solo pasasen veinte minutos desde que se durmió. Permanecía dormitando el mayor tiempo posible, creando sueños y visiones imposibles para la consciencia atenta, alternándose entre realidad y ficción. Poco a poco cada aliento se transformó una punzada para su moral. Su estómago se retorcía de dolor. Comenzaba a distinguir el olor a rata de la lavandina utilizada para limpiar su vómito. Nunca, jamás, se decía.

Sin darse cuenta, los golpes habían cesado. Miró por la cerradura y no vio a nadie allí. Aprovechó su oportunidad y abrió el armario. Había de todo, escobas, trapos para piso, baldes y muchas botellas. Tanteando buscó aquello que había visto antes de que se fuese la luz. Una caja con clips y

repuestos de engrapadora. Sacó un clip y le dobló la punta. Sus gordos dedos sudaban cuando intentaba forzar la cerradura. Tras varios intentos se les entumecieron las manos, doloridas tras mucho esfuerzo. Se le rompieron cuatro clips y una uña. Se tiró en el suelo a llorar. Oía los pasos de la rata que lo llamaba con malicia, escudriñando con su pequeño hocico sus zapatillas.

Pero se había confundido, aquellos pasos no eran de una rata. Eran de una persona, cuyas pisadas se acercaban desde más allá del patio. Se asomó la cerradura y ahogó un grito aliviado. Estaba vivo.

Se acercaba a la entrada con sigilo. Ya había avistado un enemigo en la oscuridad de la noche. Sus ojos se habían acostumbrado a la tenue luz nocturna. Su nariz y boca estaban tapados con el pañuelo de Gloria debido al intenso olor a carne podrida. Estaba en la puerta que daba al patio techado, observando con detenimiento como aquel pobre bastardo que trabajaba en la secretaría se pavoneaba de lado a lado cerca de la sala del conserje. Incluso podía llegar a ver un rastro de sangre que se iba hacia la puerta y volvía, dejando arañazos sobre la misma. Manotazos de ahogado.

Santiago permanecía agachado a unos pocos metros. El hacha goteaba, sedienta, aún impregnada de la sangre de su primera víctima. Respiraba tranquilo y sereno, pero su cuerpo temblaba. Se irguió con lentitud y se acercó. El zombi soltó un espasmo en su cuello torcido. Se acercó por detrás, levantó el hacha y se la clavó en la espalda. El hombre cayó de bruces entre gemidos, pero pronto se levantó con sus dos manos y comenzó a correr detrás de Santiago. Lanzaba arañazos tratando de cazarle mientras este corría de espaldas. Lo rodeó y se acercó al extintor que estaba cerca de la entrada. Le dio la espalda a las puertas acristaladas, las cuales estaban rotas y llenas de sangre. Allí esperó al momento oportuno. Le propinó un golpe rotundo en la frente y cayó de espaldas. Se puso sobre él, tal como hizo con Gloria, y comenzó a golpearle la nuca. Una y otra vez, la sangre salpicó a Santiago hasta en los ojos.

Extasiado tiró el extintor al piso, el cual rodó y resonó por todo el pasillo. Le arrancó el hacha de la espalda con un sonido desgarrador y miró alrededor. Al parecer, todos se habían apiñado en la entrada de la escuela para escapar. Había manchas de sangre por todos lados, los cristales estaban rotos, papeles desperdigados, una gorra con los colores del curso que egresaría aquel año. No había cuerpos. Eso significaba dos cosas. O habían escapado o estaban infectados. A juzgar por el aspecto lóbrego y sangriento, Santiago no tenía buenas expectativas.

Al asomarse por la puerta principal, sus sospechas fueron acertadas. Aquellos infectados que vagaban por la acera y la calle no lo habían oído, gracias a Dios. Caminaban de aquí para allá, paseándose, esperando una

mínima señal para saciarse. Se sentía como un cerdo en un corral, dispuesto a su destino.

Encontró algo interesantes las marcas de sangre en la puerta de la conserjería. Aquel infectado se había interesado por algo en particular. Quizás oyó algo, una rata o algún artículo movido por el viento. Pero, será que …

Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Seguro la cerró el conserje, como cabía de esperarse. Cuando tomaba su hacha para continuar, la puerta sonó levemente. Tres golpes secos, como llamando a la puerta de casa. Santiago se acercó, incrédulo.

- ¿Hola? – preguntó en voz baja.

No hubo respuesta, fuera el viento atraía el frescor de la noche estival. Tragó saliva e intentó de nuevo.

- ¿Hay alguien?

- Si …

Santiago ahogó un grito. Aquella voz quebradiza sonaba aterrada dentro del pequeño cuarto.

- ¿Quién sos?

- M-me llamo Emeri – dijo, las lágrimas caían sobre sus labios.

- ¡Emeri! – dijo casi gritando – No puede ser, viejo. Soy Santiago ¿te acordás? El de construcciones, estoy en el internado. Vos sos el de electrónica, ¿no?

- ¡Si, si! – irrumpió en llantos - ¡Por favor ayudame a salir!

- Tranquilo que te voy a sacar, pero necesito que bajes la voz.

Emeri calló de inmediato.

- Voy a intentar buscar la llave ¿Te acordás quien te puso acá adentro?

- Si, mis compañeros de curso.

- ¿Qué? ¿Marcos y los otros?

- Si. Todos.

La nota oscura de su voz le provocó a Santiago un pudor tal que de repente se olvidó de la cabeza de Gloria abierta por la mitad. Váyase a saber cuánto tiempo estuvo encerrado ese chico allí dentro, todo por una broma pesada. Por lo menos estaba vivo, no podría decir lo mismo de los demás chicos, no aún. Primero debía encontrarlos.

- Bueno, voy a buscarlos. Tal vez la encuentro, sino buscaremos una forma de romper la cerradura ¿de acuerdo?

- Tengo hambre – susurró.

Aquella voz suplicante conmovió a Santiago. No podía engañarse, estaba pensando en aquel momento el increíble infortunio que resultaba Emeri para él y sus planes. Tenía el claro objetivo de escapar de aquella trampa mortal que era la escuela, con sus recodos y habitaciones oscuras, sus calles rodeadas de caminantes. Cualquier lugar cerrado configuraba en aquel momento una muerte segura. Ni siquiera el patio abierto era seguro. Lo comprobó al echar un vistazo rápido hacia el mismo. Más sombras y siluetas espectrales custodiaban el césped, como una batería de soldados que caminaban todos juntos hacia el portón de los talleres en el lado este de la escuela.

Con los brazos como jarras, Santiago suspiró. No podía dejarle. Una parte de él, muy fuerte y egoísta, le incitaba a olvidarlo y seguir con su vida mientras la tuviese. Pero la pena que le generaba era demasiada como para poder vivir con ella. Moriría de hambre y sed, solo y encerrado. Debía intentarlo.

- Voy a buscar la forma de sacarte de acá Emeri. Vos espera en silencio.

Dicho esto, se alejó subiendo su pañuelo y sosteniendo el hacha con fuerza. Emeri dijo algunas palabras en gratitud, pero no le escuchó. Estaba enfrascado en una tarea de vida o muerte.

El pasillo de las aulas era una auténtica milla verde. El silencio y vacío que se cernían sobre aquellas paredes eran suficientes para remover su ánimo. Mientras caminaba con sigilo, las placas de todos los estudiantes que pasaron por allí se iban quedando atrás como las antiguas fechas en que fueron colocadas. Las paredes de ladrillo tenían manchas de sangre a sus lados. En el suelo se divisaban las suelas derrapando sobre los charcos rojos.

Se oyó un golpe. Santiago se detuvo con la mirada en alto. Allá, a dos aulas de distancia, salían por la puerta de la derecha hacia el pasillo. Los veía con suficiente claridad como para contarlos. Cinco, luego se sumó uno más. No podría enfrentarlos, era imposible. No podía dar la vuelta por

las ventanas del patio, fuera se contaban de a decenas.

Tragando saliva permaneció en silencio, mirando tras su hombro. Se metió a una de las aulas vacías. Abrió una ventana en caso de emergencia y tomó una de las sillas. Se asomó al pasillo, los guardianes del mismo seguían allí. Abrió las puertas del aula frontal y tiró la silla sobre los demás bancos. El estruendo causado atrajo su atención al instante. Santiago se escondió, esperando a que entrasen. Sus rugidos hambrientos le erizaban la piel. Agachado bajo los cristales de las puertas se asomaba de tanto en tanto. Cuando el último de ellos entró se acercó por detrás y los encerró. Todo en suma lentitud. No se percataron del movimiento, más bien se apiñaban alrededor de los bancos caídos.

Antes de que pudiese relajarse, otros infectados salieron de las aulas más lejanas. Eran tres, pero estaban bastante separados. Esperó a que llegase el primero, realizó un gran arco con el hacha y se lo enterró en el hombro, arrancándole todo el brazo. La sangre caía a chorros, espesa y coagulada. Lo remató en el suelo y siguió con el otro. Le golpeó de lado, rompiendo y cortando su torso a la mitad. Incluso pudo sentir las costillas quebrarse, tan blandas como la carne. Este se estampó contra la pared. Con otro hachazo le arrancó la cabeza de cuajo y quedó rodando en el suelo.

Entre la oscuridad y su ira creciente, no se percató de quien era el siguiente. En su estado de locura y concentración no podía detenerse en esos detalles. Se acercó con rapidez y le empujó con el mango de su hacha. Le costaba trabajo derribar a aquella alta mujer. En su forcejeo pudo divisar el colgante que pendía de su busto, era de un búho. Era el colgante de Marina.

Cuando levantó la mirada, se encontró con los ojos vacíos y la piel pálida de su profesora. Aquella con quien tantas veces había fantaseado, en quien cultivó un amor y obsesión allende al cariño que sentía por Clara, su novia.

Su sangre se heló y sus piernas flaquearon. Cayó al piso y sobre él Marina. Solo el mango del hacha se interponía entre él y ella. Le lanzaba bocados y mordiscos que hacían resonar sus dientes con una fuerza inhumana. Comenzó a rasgar su cuello con las uñas, arrancándole la piel. Con un grito de dolor se apartó de ella y comenzó a correr por el pasillo, aterrado.

Recordó el grupo de caminantes encerrado a unos pocos metros y se frenó de golpe. Marina se había acercado con rapidez, hambrienta. Santiago tomó el otro lado del hacha, en forma de punta, y se la clavó en la sien con increíble velocidad. La inercia lo hizo tambalearse y caer al suelo, soltando el hacha que permaneció incrustada en el cráneo de Marina, ya

muerta.

Allí tirado sintió una pena terrible. Pero no tenía tiempo para llorar. Se levantó secándose las manos en su pantalón. Arrancó el hacha del cuerpo, arrastrando tras de sí un reguero de sangre y materia gris que le revolvió el estómago. Se hizo hacia atrás, se bajó su pañuelo y vomitó. Tras escupir lo único que le quedaba dentro se volvió con cautela, agazapándose como una pantera. Permanecía en guardia a cada segundo, atento al más mínimo sonido. La escuela estaba en silencio.

- La llave – se dijo en voz baja – Tengo que buscar la llave.

Tragó con asco y se levantó. Siguió inspeccionando las aulas, rogando reconocer alguna de las víctimas. Se asomaba con sigilo a cada una de las puertas y divisaba el interior. Algunos cadáveres yacían en el suelo de las últimas, desdichados y miserables que no tuvieron escapatoria alguna y murieron encerrados. Unos pocos infectados caminaban de aquí para allá sin percatarse de su presencia.

Tocaba el segundo piso. Al subir las escaleras se resbaló y se golpeó la cabeza con el pasamanos. Se incorporó sintiéndose estúpido y llegó a las puertas de la preceptoría de arriba. No había nadie dentro. El viento soplaba con calidez entre las ventanas y puertas abiertas. Algunas golpeaban sus marcos contra las paredes, las cortinas se arremolinaban. El aire atraía la humedad de una incipiente tormenta que se alzaba sobre su cabeza. Algunos rayos lejanos se reflejaron sobre las ensangrentadas baldosas del pasillo. Este se hizo muy largo.

Las puertas del final eran de un cristal opaco, no se podía ver nada fuera, sobre todo por la oscuridad. Estaban cerradas con llave. Se giró y no encontró moros en la costa. Sus pelos se ponían de punta cuando recordaba que estaba solo y alguna de aquellas cosas podía comerle el cuello desde atrás. No esperaba para abandonar ese puto lugar. Pero primero debía sacar a Emeri, aunque verdaderamente no le importase lo que hiciese con su vida. Si intentaba pegarse a él como una sanguijuela no dudaría en dejarlo atrás. Salvarle la vida era suficiente riesgo.

Rompió los cristales con el mango del hacha, provocando gran ruido. Pasando a través de los cristales rotos se encontró con el último trozo de planta alta vacía. Parecía una gran terraza, desde la cual se veía la esquina de Bori Vilar y España, donde un camión que transportaba carne fresca se había volcado y estampado contra un árbol de la vereda. Sus puertas parecían abiertas y un gran número de infectados se apiñaban fuera tragando la carne cruda que antes era almacenada en aquel frigorífico.

Con creciente temor se giró y miró el techo del segundo piso. Aquella terraza tenía unos bordes tan altos como para pegar un salto y agarrarse

del techo. Era posible acceder.

Esperanzado saltó y dejó el hacha clavada en el borde, la cual pendía, oscilaba con el viento. Fue hacia el lado, con cuidado de que los caminantes de abajo no le vieran, saltó y se sostuvo con dificultad. Una mano se le zafó, pero pudo volver a agarrarse y por fin subir. Se sentó agotado con las piernas colgando y las manos raspadas, recuperando el aire.

Aquella era una vista privilegiada. Desde la altura se podía apreciar lo largo y ancho de la calle. Bori Vilar permanecía con sus autos y motos estacionadas. Algunos intentaron escapar y chocaron con quienes tenían delante o detrás. Sendas veredas y la calle en sí se habían convertido en un cementerio. La cantidad de zombis era incontable.

Avanzó más allá, llegando casi sobre el techo del ala de administración y secretaría, el cual estaba un piso por debajo. Los rayos se sucedían uno detrás de otro entre la densidad de las nubes. Las primeras gotas cayeron sobre él con solemnidad, mientras escudriñaba con la vista la calle atestada de infectados. Bajó de un salto hacia el techo del primer piso. El hacha se le cayó y rebotó sobre la loza. Con el corazón en la garganta la tomó de nuevo, cuidándose de no ser visto. La tormenta naciente se convirtió en unos instantes en una monótona llovizna. Pronto pequeños charcos se formaron bajo sus pies. Ante el calor del verano, aquel momento de frescura era siempre bienvenido. Sin embargo, el horno que era la escuela sería aún más insoportable entre el calor y la humedad, multiplicando el olor a muerte que corría por los pasillos.

Las gotas cayendo le proporcionaron una buena pantalla de sonido para correr. Así lo hizo, salpicando sus viejas zapatillas Converse negras en largas zancadas apresuradas. Se había desviado de su objetivo, pero aprovecharía para echar un vistazo al otro lado de la escuela y así poder trazar un plan.

Caminar sobre el techo era pan comido, como predijo. No lo sería tanto escapar de aquel lugar. Llegando a la esquina de Casalins e Independencia comprendió que se hallaba rodeado por completo. Desde aquella altura que le proporcionaban las habitaciones del internado alcanzaba la otra esquina con la vista. Estaba igual de concurrida, aunque un poco menos. Aun así, sería imposible realizar un escape a pie. Tal vez si consiguiesen algún medio de transporte podrían escurrirse por las calles que rodeaban la ciudad, dirigirse hacia la ruta provincial N° 4 y escapar de aquel infierno. Incluso encontrarían zonas seguras en los campos de los alrededores. Ahora que lo miraba con perspectiva, sentado mientras la lluvia le empapaba, se había quedado encallado en medio de la ciudad. Que puta suerte. A su lado había un gran cartel que decía “E.N.E.T. N°1”. Se levantó con lentitud y le dio un buen golpe con la izquierda. Se mordió

el labio reprimiendo el dolor.

La mayor desilusión de su vida lo acompaño todo el camino de regreso. Con la mirada gacha pasó frente a la preceptoría, un leve resplandor se dejó ver por el rabillo de su ojo. No le hizo caso y comenzó a bajar los escalones. Seguro Emeri escuchaba sus pasos desde allí abajo. Su pesadumbre se acrecentó cuando recordó la llave. Podría estar en cualquier lado. Puede que la tengan aún sus compañeros, vivos o muertos. Tal vez la tiraron por ahí o se la devolvieron al portero. Si así era debía encontrar su cadáver, si es que estaba muerto. Eso o rogar por toparse por una copia de las llaves.

Se detuvo con un pie sobre el rellano y otro en el último escalón. Tras unos segundos se volvió a toda prisa y subió las escaleras como si lo estuviese persiguiendo un infectado. Resbalando llegó a la puerta de la preceptoría y miró a través del cristal. Un gran marco de polietileno tenía varios clavos insertados, de los cuales pendían llaveros que tintineaban con el aire que entraba. Uno de ellos tenía varias llaves y un adorno de plástico con una nota que decía: “Conserjería”.

Cuando Emeri despertó se vio envuelto de un silencio y oscuridad abrumadora. Por unos instantes creyó seguir dentro de la sala del conserje. El hambre le consumía ¿Dónde se encontraría aquella rata? Aún acostado en el piso alargó una mano hacia donde creía que estaba el armario. En vez de encontrar el pequeño espacio de debajo se topó con algo extraño. Era una pierna.

Lanzando un grito se irguió con fuerza y se golpeó la cabeza con algo que tenía encima. Tanteó y parecía ser una mesa. Sobándose de dolor escuchó movimiento por parte de aquella persona. Emeri se veía muerto. Agazapado debajo de la mesada del quiosco veía sombras moverse en la penumbra. Estaba seguro de que era el infectado que le observaba desde el otro lado de la puerta.

Un encendedor intentó una llama. Las chispas se burlaron un par de veces. A la tercera el fuego nació e iluminó una cara familiar detrás del mismo.

- Soy yo, Eme – susurró.

También resultaba familiar su voz. Era la misma que prometió salvarle hacía un par de horas. Estaba empapado, ojeroso y se lo veía cansado.

Santiago observó como aquel pequeño chico se acurrucaba al lado de las botellas retornables, tan inocente como un niño. Sus ojos brillaron esperanzados ante aquella pequeña luz. Cuando lo oyó creyó que era uno de los truenos de fuera, pero luego entendió que se trataba del estómago

de Emeri.

- ¿Tenés hambre? – preguntó.

Emeri asintió.

- Estamos en el quiosco de la escuela, Eme. Podes comer todo lo que quieras.

Música para sus oídos. Emeri tomó la mano que Santiago le extendía y se levantó. Santi prendió un par de velas y le dio agua. Eme tenía los labios y la piel secos como una pasa. Se acabó la botella de un trago y buscó otra. Luego abrió un paquete de papas fritas y se lo comió sin respirar. Repitió el proceso unas dos o tres veces. Luego se tiró al suelo y se durmió. Estaba agotado, necesitaba descansar.

Santiago le miró divertido durante ese tiempo, comió algo y se volvió a tumbar. Agradecía aquella compañía, incluso cuando se trataba alguien en aquel estado de locura y hambruna como Emeri. Pero, mientras sus ojos se caían por el abatimiento del día, aquel en el que tantas cosas tuvo que asimilar, sino superar … muy en el fondo se preguntaba cuando dejarían de estar juntos. El soñaba con algo muy claro: regresar a casa. Tal vez llevárselo consigo no fuese una mala idea después de todo.

- … Encomendamos a todos los supervivientes a encontrar un lugar seguro y por sobre todas las cosas NO SALIR AFUERA …

Santi encendió la radio para que Emeri escuchara el mensaje. Lo puso al día sobre el contexto y situación de alarma nacional. Mierda, incluso podría ser mundial. Quien sabe lo rápido que se propague aquella cosa. Teniendo en cuenta la velocidad con la que se movieron los rumores la infección corría tan veloz como el mismo aire. Después de todo, eran ellos dos quienes quedaron encerrados en el colegio en menos de ocho horas.

Santiago había encontrado unos planos del edificio en la dirección. A la luz de las velas los había replegado sobre la mesada de la cocina, la radio ocupaba su habitual lugar encima del microondas. Estaba examinando las posibles rutas y vías de escape donde no hubiese tantos infectados. Los techos se habían descartado para su escape, eran buenos para moverse, pero bajarse de ellos sería algo lento y peligroso. Cualquiera de aquellas mandíbulas locas le tomaría una pierna en el momento menos esperado y acabaría con sus sueños de libertad.

Mientras comentaba esto, Emeri detuvo su “desayuno”, el cual consistía en otra bolsa de papas fritas. Su cara estaba llena de granos y de restos de papas aceitosas. Permaneció un momento con la mirada perdida. Se

rascó el cabello grasoso y rizado, parecía estar pensando algo.

- Pero – interrumpió – los militares dijeron que nos quedásemos dentro. Vos lo dijiste, afuera está plagado, no podremos salir …

- Prefiero jugármela viviendo en las afueras con mi familia a quedarme encerrado en este lugar de mierda ¿oíste? – espetó Santiago – Esto es una trampa mortal …

Emeri no parecía muy de acuerdo, pero asintió mientras atacaba otra vez su bolsa de papas. Parecía que la ansiedad le estaba matando, y no le culpaba, Santiago ya echaba de menos su paquete de Philip Morris. Con todo el trabajo que tenía por delante se había olvidado de su querido vicio, si es que se le puede llamar así a fumarse dos o tres cigarrillos al día.

- Mira, Eme … - añadió – Hace lo que vos quieras, de verdad te lo digo, pero me gustaría que vinieses conmigo.

- ¿De verdad? – preguntó incrédulo.

- Si, de verdad. Después de todo, la unión hace a la fuerza ¿no?

Emeri se encogió de hombros y le dio la razón. Esa actitud fastidió a Santi, las personas que no eran capaces de tomar sus propias decisiones le rompían las pelotas. Por desgracia, eso podía aplicarse a la mayoría de sus compañeros. Se percató en aquel instante, solemne, apoyado con ambas manos sobre la mesa, que no se había cruzado con ninguno de ellos. Tal vez escaparon en medio de todo el caos. Si es así, bien por ellos. Pero a la hora de la verdad, provista por un apocalipsis inusitado, removedor de todo lo vacuo y banal, entendió que no los extrañaba. Aunque la sensación de haber perdido a las personas que tanto le acompañaron le resultaba un tanto atemorizante; se sentía perdido, como un barquito de papel que se desliza por las finas corrientes de la acera. Fuera, la lluvia crecía en potencia.

Él estaba decidido, pero Emeri era la imagen del terror. Tenía el rostro pálido y sudaba a raudales a la luz de las velas. No era transpiración propia del verano, esa clase de sudor no te hacía temblar. Estas gotas que se deslizaban por su frente y sus mejillas iban más allá de su obesidad y penetraban en su sistema nervioso como agujas. Era frío y caótico. Su cuerpo le exprimía desde dentro. Santiago debería conducirlo con calma si no quería que colapse.

- Entonces, ¿Qué puerta usarías? – preguntó de pronto.

Santiago le miró aliviado, pensando su respuesta. Volvió a ojear el mapa y encontró una salida potencial. Los talleres se encontraban en el lado sur

de la manzana. Estos eran una sucesión de aulas y pasillos que se despedían del principal. Este era largo y estrecho, cuyo final desembocaba en unas puertas dobles que daban a la calle. Si lograban salir podían doblar hacia la izquierda y correr hacia las afueras. Eran unas cuantas cuadras hasta topar con el campo, la ruta nacional N° 7 estaba a medio kilómetro a partir de allí. Ni hablar de la 4, sus cálculos le decían que estaba ya muy lejos como para intentarlo.

- No vamos a poder hacer eso a pie – dijo Emeri.

- Bueno, ¿tenés una idea mejor?

- Tal vez podamos conseguir algún auto o camioneta.

- Si, pero ¿conoces el auto de alguno de los profesores? En tal caso deberíamos encontrar al dueño y también las llaves.

- ¿Viste algún profesor en los pasillos?

- Solo a la profesora Estévez – recordó con asco.

- Ella estaciona su auto en la esquina del lado del internado.

Santiago se volteó, contrariado.

- ¿De verdad?

- Si, siempre que vengo caminando la veo llegar.

- ¿Cómo es que nunca lo vi? – se preguntó Santiago, incrédulo.

Si era cierto, entonces poseían una gran oportunidad.

- ¿Dónde está ella?

- Muerta en el pasillo.

Santiago miraba absorto la pequeña llama de la vela. Emeri echó una ojeada temerosa hacia el hacha de bomberos, su filo ensangrentado y mugriento provocó que se cayese de sus manos la bolsa de papas. Volvió la mirada hacia Santi con una mezcla de admiración y pavor. El pañuelo que descansaba en su cuello parecía sucio; el mismo le hacía recordar a Gloria, la almacenera, y estaba bañado en una extraña sustancia viscosa.

Santi dio un golpe súbito en la mesa, tomó el hacha y se propuso a salir.

- ¿A-a dónde vas? – preguntó Emeri.

- Vamos, querrás decir.

- ¿Q-que?

- Eme – dijo, acercándose – Si querés sobrevivir vas a tener que habituarte a la idea de que allá afuera caminan unas cosas horribles que te comerían la cara cuando te duermas por la noche.

Emeri le miraba estupefacto, era una pequeña figura ante la gran autoridad que era Santiago para él.

- Si querés escapar, vas a tener que pelear ¿entendés?

Su rostro generó una mueca de lástima y aprehensión. Santi se sintió como una mierda, pero el chico necesitaba un golpe de realidad. Si fuera por él se quedaría en este sucucho comiendo papas y bebiendo gaseosas, cagando y meando en el tacho de basura hasta que sus provisiones desaparecieran, la soledad lo volviesen loco y el olor se vuelva insoportable. Tuvo suficiente encierro por un día.

- Bueno, vamos.

El cadáver estaba frío. Solo hacía unas cuatro o cinco horas que había matado a Marina. Intuía que eran las dos o tres de la madrugada y la lluvia no cesaba. Caía sin prisa, pero sin pausa, en una monotonía monocromática que lo teñía todo de melancolía. Puede que el cuerpo ya estuviese frío antes de caerle la guillotina. Estaba tirado de lado, la cabeza rodeada de un pequeño charco de sangre ya seca.

Emeri había vomitado dos o tres veces. Esta era la cuarta. Santiago había dejado un reguero de sangre y muerte en su camino hacia allí. Él también tenía nauseas, pero se las aguantó. Se arrodilló al lado del cuerpo y tanteó los bolsillos. El tacto de aquella mujer se había convertido en un sueño para él, pero la realidad era una pesadilla. La dio vuelta y buscó en los bolsillos traseros. Nada.

- Las mujeres no usan los bolsillos – se recordó.

- Un bolso o algo – dijo Emeri desde atrás.

Se dirigieron hacia el aula donde Santi tomaba clases. Estaba despejada. Sin embargo, las ventanas abiertas develaban que habían escapado varios de allí. Mochilas, carpetas, cartucheras, lápices, hojas y demás yacían sobre los bancos y el suelo. El último banco de la izquierda estaba vacío.

Allí se sentaba Santi junto a Farías.

Santiago se acercó al banco de la profesora. Sobre el mismo había unas hojas, una botella con agua y chicles. A ella le encantaban los chicles de fresa. Santi compraba chicles de fresa solo para compartirle. De pronto aquella visión de sí mismo se hizo muy lejana. Ahora veía a su pasado yo como un niño. En el aula se esparció un silencio atenazante, por lo que la lluvia cubría sus sentidos mediante una pantalla deprimente. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Había perdido todo.

Emeri miraba desde la puerta. Escuchó unos leves sollozos ahogados, Santi estaba cabizbajo. Con el corazón encogido se aproximó al banco y sacó el bolso que se escondía detrás del abrigo rojo. Dentro del cuero negro había de todo: pañuelos, un pintalabios rojo, papeles de recibos … todo lo que una mujer pudiese llevar consigo. Emeri se ruborizó cuando encontró un par de tampones sueltos. Disimulando su vergüenza sacó el llavero de Hello Kitty, desde el mismo pendían un par de llaves de casa y de un Fiat. El tintinear atrajo la atención de Santi.

Emeri se acercó vacilante y le dejó las llaves en la mano.

- Gracias – dijo Santiago.

- Gracias a vos – respondió sin mirarle.

Santi abrió la mano y vio su boleto de libertad. Estrujó las llaves con tal fuerza que las puntas le hicieron doler la palma. Emeri desvió la mirada, sentía que interrumpía una gran intimidad.

Santiago echó una última mirada al aula y salió a paso rápido de allí. Emeri corrió tras él. Las ventanas que daban al patio eran barridas por incesantes ráfagas de agua que se escurrían con velocidad debido al viento demencial. Los árboles se agitaban con frenesí. Allí permanecieron admirando el caos de la naturaleza mientras los infectados se apiñaban en los azulejos. Se podían contar de a decenas. Emeri se ocultaba detrás de Santiago. Se había orinado encima.

Santi podía olerlo. Hasta oírlo. Podría jurar que sentía ese cálido liquido escurriéndose por su pantorrilla. No podía juzgarle, era en verdad una imagen de horror. Si él no sucumbía ante aquella locura era debido a un sueño, un objetivo. No podía permitirse perder la cabeza. Un tierno recuerdo de su niñez acudió a su horrorizado ser como un bote salvavidas. Él en el campo de su padre, aprendiendo a andar a caballo. Recordaba cómo él se acercaba con lentitud y sigilo, seduciendo al animal. Cuando estuvo al lado le apoyó una mano sobre el lomo, así sin más. Se quedó tan boquiabierto que un mosquito le hizo atragantarse. Su padre rio y le dijo: “Tenés que hacerle saber quién es el que manda hijo, eso es todo”. Muchos porrazos fueron los que se pegó, pero cuando por fin logró domar

al animal pudo sentir esa infinita sensación de libertad que otorga el viento peinando tus cabellos. ¿Quién es el que manda?

- Para cruzar los vamos a tener que distraer – dijo.

El corazón de Emeri rogaba por salir. Estaba atascado en su garganta y golpeaba su pecho como un martillo neumático.

- No – susurró -, no vamos a poder.

Sus gemidos no perturbaron a Santiago. Sacando pecho se plantaba frente a un porvenir épico, mientras sus manos sostenían el arma con firmeza. Al diablo con los militares y la precaución. No moriría como una rata.

Emeri se estampó de espalda contra el cristal, mientras se hiperventilaba, y levantaba un dedo en dirección contraria. Un infectado caminaba hacia ellos. Se podían ver todas sus piezas dentales en la oscuridad. Santi le cortó una pierna y este cayó al suelo. Emeri gimió del asco que le provocó. El infectado se arrastraba boca abajo hacia él. Santiago le puso una pierna sobre la espalda y allí se quedó. Luego le lanzó el hacha a Emeri.

El metal rebotó frente a sus ojos y se detuvo ante sus piernas. Levantó la cabeza y suplicó a Santi con la mirada. Él se le limitó a asentir, esperando. Eme tomó el hacha con manos temblorosas y se acercó.

- Las manos firmes – dijo Santi.

Tragando saliva apretó los puños y se puso en posición. El infectado intentaba arrastrarse por el suelo. El filo del hacha cayendo sobre su cuello no fue suficiente para cortarlo. Volvió a intentarlo con más fuerza y esta vez se llenó de sangre su camiseta blanca. Sorprendido de lo que hizo se levantó y devolvió el hacha a Santi, quien palmeaba su hombro apremiante.

- Las primeras veces son horribles, después empezás a verlos como muñecos y es más fácil – reconoció.

A la luz de las velas contemplaba el llavero. La Hello Kitty se tambaleaba de lado a lado, como un péndulo. Le daba serenidad. Al otro lado de la habitación Emeri dormía entre pesadillas. Santi le observaba retorcerse y lanzar espasmos de horror sudando como un cerdo. Dejálo, se dijo. El miedo serviría para entonces. Lo que a él le impedía dormir eran los nervios. Ya habían planeado la manera de acercarse a su escape y estaba repasando cada detalle. No podía haber fallas.

Emeri se levantó de pronto, respirando con locura. Gemía como un niño que le faltaba su osito de peluche. Se arrebulló en el suelo y siguió durmiendo. Con lo exhaustos que estaban no necesitaban mayores comodidades. Podrían haber intentado encontrar una habitación allá arriba, pero Santi no creía que el chico quisiese salir y jugársela. Él tampoco quería. De pronto aquellos muros se hicieron muy cómodos, demasiado buenos para abandonarlos. Por la mañana se desafiaría a dejarlos.

Emeri se despertó otra vez. Esta vez lo hizo con lentitud. Agarró a botella que tenía a un lado y se la bebió de un saque. Cuando terminó la dejó caer de entre sus dedos. Su cabeza lo estaba volviendo loco. Es increíble la presión que se puede aguantar de uno mismo, pensó Santi. Pero era un mundo difícil el que les tocó. Mierda, era un mundo demencial. Santiago extrañaba sus antiguos problemas, aquellos propios de una adolescencia normal.

Sus miradas se encontraron. Santi bajó el llavero con recelo.

- ¿Tuviste una pesadilla? – preguntó.

Emeri se apoyó en la pared.

- Soñé que me estaba comiendo a alguien – reconoció.

Un zombi casi se lo come y luego sueña que él es el zombi. Santi sonrió con ironía.

- Es solo un sueño.

Se quedaron en silencio. Emeri apretujaba la botella con fuerza, el plástico producía su característico sonido molesto. Santi permanecía mirando a la nada. La llama de la vela estaba intacta.

- Mañana temprano me voy a pegar un baño – dijo.

Emeri le miró extrañado.

- ¿Un baño?

- Si, a vos también te vendría bien uno.

- ¡No me digas lo que necesito! – gritó.

- Hey – susurró – Tranquilo viejo, no hagas …

- ¡Cállate! – dijo entre lágrimas.

Estaba muy alterado. Apretaba los dientes y las manos con una furia tremenda. Santiago se levantó y se arrodilló a su lado.

- Eme, es importante que no pierdas la calma.

- No puedo – susurró – No voy a poder.

- Respirá, tenés que respirar.

- Es que no entiendo como podés estar tan tranquilo en esta situación.

- Te prometo que te voy a ayudar, todo va a salir bien …

- Siempre todos están bien menos yo … siempre soy yo el que está mal … no lo entiendo … Ya estoy cansado, de verdad te digo. Estoy muy cansado.

Siguió soltando frases incoherentes durante unos minutos y se quedó dormido sentado. Santi suspiró aliviado de que la cosa no se hubiera salido de control. Volvió a sentir pena por Eme, y comprendió que tal vez no llevó una buena vida dentro de aquella institución. Después de todo los dramas de un chico de diecisiete años pueden ser mortales, por más nimios que parezcan. Pensó, con un poco de vergüenza y asco hacia sí mismo, si Emeri sería una de aquellas personas capaces de quitarse la vida. Sabía con certeza que él no sería uno de aquellos, pero reconocía que había mucha gente miserable en el mundo. Uno podía darse cuenta apenas por su rostro. Su actitud bastaba para cerciorarse. En una situación apocalíptica las personas como Emeri, quienes sufrieron los peores palos de la vida, no tenían lugar ni cabida. Porque él lo había visto, había presenciado como un espectador más; apodos que se burlaban de su gordura, su cabello, su acné y cualquier falla que pudiesen encontrar en él. Sus compañeros señalaban con el dedo y los demás no decían nada. Santiago se limitaba a poner mala cara. Nunca se entrometió.

Se levantó, harto de pensar y con la vejiga llena. Abrió la puerta en silencio y se escurrió hacia el baño de las chicas, el más cercano. Mientras orinaba, observó con curiosidad un papel manchado de rojo que sobresalía de uno de los tachos de basura. Y pensar que eso antes le daba asco. Al salir del inodoro se lavó la cara y se miró al espejo. Los ojos estaban rojos y tenía dos bolsas debajo de los mismos. Su barba incipiente le picaba.

Salió del baño y se asomó a las ventanas que daban al patio abierto. Tratando de ignorar a los infectados, alzó la vista y contempló el cielo. Llovía a penas. Sin embargo, se veía más claro. Amanecería dentro de

poco. Era hora de prepararse.

"Encomendamos a todos los supervivientes a encontrar un lugar seguro y por sobre todas las cosas NO SALIR AFUERA"

La radio sonaba amplificada por la acústica de la pecera. Sus puertas estaban abiertas, atrayendo los distraídos oídos de los infectados en el patio abierto. Para cerciorarse de que su plan funcionaría, juntos reunieron una buena cantidad de piedras que se desperdigaban lejos de los zombis. Como niños las aventaban hacia las ventanas de lo que antes era una pecera. Santiago abrió las puertas de la biblioteca de un hachazo y ambos se escondieron allí, agazapados, esperando a que se despejase el camino. Pronto fueron entrando uno a uno, tambaleantes y con la mirada perdida, dentro de la sala. Emeri casi se orina de nuevo al ver la incontable cantidad que se hallaba allí congregada. Con ambas manos apoyadas en el marco de las ventanas observaba con incredulidad y piernas temblorosas.

- Creo que eso va a ser suficiente – dijo Santiago – vení, seguíme.

Se alejaron por la puerta trasera, quedando del ala de secretaría, y se alejaron en silencio por el pasillo y se escurrieron por el patio. Una aurora se develó entre las nubes grises. Llegaron a la preceptoría de los talleres y Santiago comenzó a romper a hachazos la puerta de madera. Luego de varios intentos le pegó una patada a la cerradura y entraron. Emeri corrió la cortina de la ventana.

- Tenemos que buscar la llave, no veo nada – susurró Santi.

- Pero …

- Eme, va a ser rápido.

Dudo por un momento, pero dejó entrar la luz. Gracias a la iluminación diurna comenzaron a revisar los cajones y archivadores. Necesitaban una llave más, solo una. Sus presurosos dedos temblaban de excitación. Emeri temblaba demasiado. Sus movimientos eran torpes y toscos. Tanto que se hizo hacia atrás tras oír algo en el pasillo y tiró una caja llena de lapiceras. Las plumas rodaron por el suelo produciendo más ruido que el mismo timbre.

- Despacio – le espetó Santiago.

- P-perdón.

- Mira que no se asome ninguno por el pasillo.

Emeri calló y se apoyó contra la puerta rota. Santi se hallaba con el pulso desbocado, podía incluso sentirlo en la punta de sus dedos. Encontró una llave, suelta. No tenía etiqueta ni llavero de ningún tipo. Había un cajón con cerradura. Por las dudas intentó con él primero. Al girar se oyó un click y se abrió el cajón.

- Dios – susurró.

El santo grial de las llaves. Se encontraban todas en el mismo llavero. La mayoría eran de las aulas de los talleres, pero había una que decía: "Portón". Bingo.

- La tengo – dijo a Emeri.

- Genial – respondió este.

Cuando giró, un infectado se asomó a la ventana y la golpeó con la cabeza. Emeri saltó del terror y aterrizó en el suelo. El cristal se agrietó y la alta mujer de cabello canoso parecía dispuesta a romperlo.

- Movéte.

Emeri se arrastró a un lado. Santi hizo el hacha hacia atrás, esperando a un lado de la puerta. Cuando la cabeza atravesó el vidrio el hacha cayó y le partió la cabeza a la mitad. Emeri vio como una mata de pelos, sesos y sangre se revolvían frente a él con estupor.

- No se va a mover, vamos.

- Esa era mi preceptora – susurró.

- Y la mía también ¡vamos, carajo!

Lo arrastró por la camiseta hacia el pasillo. Estaba oscuro. Santi se preparó. Era seguro que desde allí también vendrían. El pasillo era largo y tenebroso, con varias bifurcaciones a la izquierda y puertas a la derecha. En su fondo se encontraba la libertad. Los infectados comenzaron a salir hambrientos de sus escondites. Con paso lento se acercaban, mientras Santi los despachaba con la punta y la hoja. Emeri esperaba detrás de él con un cuchillo de cocina en la mano, demasiado asustado como para poder usarlo. Espalda con espalda se cubrían, pero los zombis venían de una única dirección.

- Son muchos – le decía Emeri.

Santiago arrancaba el hacha de un cuero cabelludo y empujaba a otro que caía al suelo. No escuchó sus quejas. Estaba abstraído, ensimismado, demasiado concentrado en un único deseo al cual se había sujetado con

una fuerza enfermiza y encolerizada. Ya no le molestaba romperles la cabeza a esas cosas. Fueron minutos eternos, pero minutos al fin. Salió ileso y embarrado de sangre. Había olvidado su ducha. Ya se la daría en casa.

Apoyó el hacha en la pared y sacó las llaves. Tomó la que decía portón y abrió ambas puertas verdes al instante. Una ráfaga de viento cálido los saludo apenas vieron los primeros rayos matutinos. Santi asomó la cabeza hacia la derecha y allá encontró el Fiat 1 rojo de Marina.

- ¡Tenías razón, Eme! ¡Tenías ...!

Su excitación se vio ofuscada al girarse. Emeri estaba con el cuchillo en alto, tiritando y llorando. Al fondo del pasillo, un gordo enorme y corpulento ocupaba el otro extremo como un sumo. Su respiración agitada se oía desde aquí, al tiempo que exhibía sus dientes con rabia.

En un abrir y cerrar de ojos echó a correr hacia Emeri. Sus pasos retumbaban en el pasillo. Santiago se interpuso de inmediato con el hacha en alto. De poco sirvió, el hombretón lo apartó de un manotazo y lo estampó contra la pared. Aturdido, Santi se arrastró hacia su arma y se dio la vuelta. Maroni estaba sobre él. Ahora podía verlo bien. El regente se abalanzó. El hacha volvió a interponerse. Pero el hombre era muy pesado y tenía una fuerza brutal.

Un destello se vio sobre Maroni. Fue un milisegundo, lo suficiente como para que Santiago lo reconociera. Emeri saltó con el cuchillo en alto y se lo clavó en la yugular con una mano. Maroni pegó un chillido ensordecedor. Se alzó dolorido y en un movimiento tomó el brazo de Emeri y le clavó los dientes. El grito de Emeri llamó a todos los zombis de la cuadra. Logró zafarse y cayó de bruces detrás de él. La herida le escocía el brazo como mil demonios.

Ahora fue Emeri quien vio el destello. El filo del hacha arrancó la cabeza de Maroni de cuajo. La misma cayó entre sus pies. El cuerpo se tambaleó unos segundos y se estampó hacia atrás. Santiago lo ayudó a levantarse de inmediato.

- Rápido, todavía podemos llegar – le decía.

Corrieron por la vereda hacia el Fiat Uno. Santiago despachaba a los más cercanos mientras sacaba el llavero de la Hello Kitty y abrían las puertas. Dentro olía a perfume de mujer, lo cual produjo hermosos recuerdos, y a pino.

- Por favor, decime que tenés nafta – decía mientras introducía la llave.

Giró, el auto petardeo un poco, pero arrancó. Ambos gritaron de brío, mientras algunos caminantes ya rasguñaban las ventanas polarizadas. Arrancó a toda velocidad en contra mano hacia la ruta 4. Emeri buscaba algo en la guantera que le ayudara a detener el sangrado. Encontró una campera en el asiento trasero, le rompió la manga y se ató un torniquete en torno la herida. Se arrellanó agotado sobre el asiento.

- ¿Y ahora? – preguntó.

- La Carlota – respondió con alegría.

Emeri asintió. El cielo se despejaba de la pasada tormenta, las calles estaban húmedas. Luego de varios rodeos, ocasionados por coches atascados y muchedumbres que se agolpaban en las esquinas, Santiago dio con la ruta. Poniendo la tercera aceleró hasta dar los cien km/h. El combustible le llegaba con lo justo, pero recordaba que ese modelo no gastaba mucho. Siempre podrían detenerse en alguna estación de servicio. Nadie iba a cobrarles.

- ¿Cómo estás? – preguntó.

- Bien. Me siento un poco mareado – respondió.

- Es normal, perdiste sangre y te debe doler bastante – dijo Santiago.

Emeri suspiró.

- Gracias.

Santi se volteó hacia él.

- ¿Por qué?

- Por sacarme de ahí. Estoy seguro de que cualquier otro me hubiese dejado – confesó.

- No hay de qué. Te toca descansar ahora.

Pero Emeri ya se había dormido. Con la ventanilla abajo disfrutó de un hermoso amanecer mientras perdía la conciencia. Santi no sabía que sería el último respiro de su nuevo amigo. Con gran emoción condujo por los verdes campos y prados. Pensaba en su familia y en Clara. A la hora llegó al campo de sus padres y se detuvo frente a la valla. Un hombre de camisa blanca estaba apostado detrás de la tranquera con una carabina del .22 pegada al hombro.

- ¡Salga del auto! – se oyó.

Santiago salió llorando con las manos en alto. Su padre lo reconoció de inmediato. Ambos se fundieron en un abrazo interminable. La noche más larga de sus vidas se había acabado. El hacha descansaba en el asiento trasero.

La mala noticia le cayó pésimo a Santi. Su padre fue quien se lo dijo. Estaban ambos sentados frente a frente en la mesa del comedor con un mate de por medio. Su madre preparaba un rápido desayuno. Su hermana Alicia, de diez años, escuchaba la conversación desde la escalera. La radio de los militares sonaba intermitente a un lado de la puerta trasera con el mismo mensaje de hace horas.

- Yo mismo lo vi, hijo. Era Javier, los vecinos de acá a tres kilómetros. Nos íbamos a juntar las dos familias, ya sabes lo bien que nos llevábamos … Los dos escapamos del supermercado antes de que cerrase – decía – Mierda, fue demasiado rápido. Lo dimos bolilla a las noticas. Salimos por los pelos de ahí, con heridas.

Se arremangó la camisa y mostró un vendaje en su bíceps izquierdo. Se sacó las vendas y mostró un rasguño que casi le arranca el brazo.

- Negro, no te toques … - decía su madre.

Se puso la venda devuelta. Parecía estar infectada, pero no de la misma manera que Javier Zubeldía. Al tipo le mordieron la pierna, quedando inconsciente. Cuando despertó en su casa se levantó como un poseso y mordió a su mujer y sus dos hijas. Su padre salió corriendo, se subió a su camioneta y pitó de allí horrorizado.

- ¿Decís que esa infección se propaga con las mordidas? – preguntó.

Su padre asintió.

- Perdón hijo.

Santiago salió del comedor con el corazón encogido. Se alejó por el sendero hacia donde estaba estacionado el Fiat Uno. Al llegar vio por la ventanilla del acompañante a un Emeri despierto. Pero convertido. Sus ojos brillaban de fiebre y su piel estaba pálida, translúcida. Cuando vio llegar a Santiago se encendió de cólera, lanzando mordiscos y tratando de romper el cristal. Santi se volteó, cabizbajo. Comenzó a llorar de rabia y bronca. Al rato su padre llegó con su carabina, dispuesto a dar por finalizada la pesadilla.

- Yo lo hago – dijo Santiago.

Se la puso sobre el hombro, a un par de metros de distancia y apuntó hacia la horrible cosa en que se había convertido su amigo.

- Adiós – susurró.

El disparo espantó a los pájaros. Era un nuevo día.

Capítulo 2

La Búsqueda

- Treinta elefantes se balanceaban sobre una telaaaaaraña ... - apunta y dispara - cómo veían que resistían, fueron a llamar a otro elefaaaaante - apunta y dispara.

Facundo Garmendia nunca fue muy apreciado en su pueblo. De donde venía pocos sabían, ningún amigo podía confirmarlo, ningún familiar ni tampoco algún vecino. Eso era antes del apocalipsis, de que esos blancos andantes y malolientes se propagasen por el mundo como el sida, la homosexualidad o la gripe A. En fin, era otra ralla mas de la humanidad para borrar.

Sentado sobre el emblemático castillito de la localidad de Melo, Córdoba, bamboleaba sus pies de aquí para allá bajo las almenas. Se divertía como un niño en su patio de juegos, pero con la astucia y picardía de un hombre adulto. A su alrededor se congregaban todos los infectados de la localidad, que se contaban de decenas y decenas. El ruido estruendoso de su vieja Ballester 45' atrajo hasta los que se escondían en las alcantarillas. Era su objetivo.

Cuando oyó el click de la recámara vacía supo que era hora de partir. Guardó la pistola a buen recaudo dentro de la funda saltó de las almenas y atravesó la espesa mata de infectados que se volvían locos por comerle. Así, esquivando deprisa, se subió a su FatBoy del 91', encendió el rugiente motor y salió a toda marcha de allí.

Lo primero que hizo fue rodear todo el pueblo, ya que las calles circundantes estarían desiertas y el centro atiborrado de blancos. Mientras recorría las calles baldías, se regodeaba en el éxito de su plan, ya que se encontraban ausentes de infectados.

- No contaban con mi astucia - decía mientras se mesaba su frondoso bigote.

Se puso los lentes de sol, ya que el astro iluminaba con fuerza a primera hora de la mañana, salió a la ruta y se dirigió hacia el norte. ¿Qué es lo que haría? No lo sabía ¿A donde se dirigía? Tampoco tenía idea. Así era como había decidido vivir su vida desde que comenzó a utilizar su miembro para algo más que orinar, y así moriría haciéndolo. La ventaja es que ahora no estaba rodeado de imbéciles que estorben en el camino.

Bueno, en realidad sí, pero a estos estaba permitido matarles.

Lo único que añoraba era la presencia de alguna mujer, pero eso podía solucionarse. Todo a su tiempo.

- Llévate tu hacha - dijo ella.

- No, es demasiado pesada, nunca me gustó.

- Igual, te puede salvar de un apuro.

El suspiró. El hacha que le ayudó a atravesar aquel inferno estaba a un lado del portal. Resultaba gracioso verla tan brillante e inmaculada; hacía apenas unas semanas que estaba cargada de sangre, sesos y pieles curtidas o muertas. Le costaba mirarla, le generaba un revoltijo en su estómago y lo único que lograba ver en el reflejo del metal era la cara enfermiza y agónica de Emeri.

Emeri, aquel chico gordo, estúpido y tímido, vapuleado por los demás compañeros de curso, había dejado una huella profunda en la vida de Santiago. Hasta podría haberlo llamado un amigo, teniendo en cuenta las circunstancias.

Tragó saliva y tomó el hacha. En su espalda llevaba un bolso de viaje que solía utilizar para ir a estudiar. Estaba viejo y algo remendado, y su madre se las ingenió para cocerle a un costado un bolsillo para una botella de agua. Eran días calurosos de otoño; el sol seguía pegando fuerte y el viento arreciaba cual vendaval, provocando un clima seco que le agrietaba la garganta con rapidez.

Hacha en mano inició marcha. Se volvió y echó una última mirada a su madre y su hermanita. Los saludos ya se habían realizado; los abrazos, las caricias, las súplicas para que se cuidase, que no se metiese en peligros, que hiciese solo lo justo y necesario. Su padre le dijo que era un campeón, que si logró escapar de aquella escuela, y no solo eso, sino la ciudad de Laboulaye, entonces podría salir ileso en su empresa.

Aun así, mientras caminaba por el pavimento a primera hora de la mañana, Santiago se halla confuso. Era cierto que había sobrevivido al horror de aquel secundario; sus temores no se debían tanto a los "cabezas", como ahora les decía, aunque siempre tenía reservada una cuota importante de miedo contra aquellos mounstros. Este nuevo temor era algo que nunca había experimentado y no era visceral como el otro, que le empujaba a la acción, sino que se sentía en el pecho, constriñendo

su corazón.

Le aterraba incluso no poder identificar a que se debía.

Como vivían en el campo, le quedaba una buena ruta para caminar hacia La Carlota: unos diez kilómetros mas o menos "¿Por qué no ir en el auto o la camioneta?", le preguntó a su padre. Cuando este le prohibió tomar el volante, se explicó diciendo que los infectados escuchaban el motor y podían seguirte hasta quien sabe donde. El mismo lo había visto con sus propios ojos. Una vez, cuando volvió a casa con la camioneta, por la noche el terreno se minó de aquellas cosas y solo se salvaron debido al alarido chillón de un animal que moría en el bosque que se alzaba a unos metros mas atrás, por lo que se puede deducir que su audición y el olfato por la sangre son muy elevados.

No podía discutirlo, él mismo había utilizado la táctica del sonido con los vidrios de la pecera y había funcionado. Mientras avanzaba por la carretera, algunos cuerpos le saludaban al pasar. Algunos transeúntes algo perdidos bailaban el baile de la muerte de aquí para allá sin prestarle mucha atención. Al parecer, el sol les frite el poco cerebro que les queda y se quedan así, en un stand-by que espera al próximo estímulo para correr tras la sangre. El problema, sin embargo, es a la noche.

Santiago se detuvo. Se colocó un pañuelo negro en la cara y se dijo. Si no acababa con ellos, podrían llegar a casa por el anochecer, la zona debe ser segura.

Sopesó el hacha en sus manos y suspiró.

- Es demasiado pesada - se dijo.

Tal vez fuese buena idea aprender a utilizarla; ahora le costaría y sentiría el peso sobre sus brazos y hombros, pero dentro de un tiempo ganaría fuerza y musculatura. Una especie de inversión, de entrenamiento. Ahora que lo pensaba, siempre le habría gustado ser bombero. Esos sueños se han acabado.

Se acercó al primero. Este le oyó cuando pateó una piedra. Se giró con una mueca distraída y divertida; alguien ha llegado para jugar. Santiago le insertó la punta del revés en toda la frente y el hombre con el overol cayó muerto al instante. A este le siguió una mujer de vestido blanco manchado de sangre sucia que estaba a unos veinte metros. Luego una niña de la edad de Alicia, su hermana, a la cual casi tuvo la compasión de perdonarle la vida. Pero Alicia era la prioridad.

Así se sostuvo durante un par de kilómetros hasta que llegó hasta la estación de servicio que se encontraba en la esquina de la ruta cuatro y la calle lateral que les conectaba con la misma. Estaba vacía y desolada, los

surtidores estaban rodeados de una mezcla de basura y hojas anaranjadas. Los grandes robles se sacudían con excitación. Santiago presentía un gran día.

El encargado de la estación de servicio estaba tirado con la cabeza aplastada a un lado del surtidor. Le conocía bien, ya que pasaba siempre por allí para ir al pueblo y ese muchacho tenía asignado el turno de la tarde. Siempre asumió que se llamaba Francisco, ya que todos le decían Pancho, y tenía cara simpática. Tenía.

Se acercó y probó el surtidor. Aún salía combustible. Tal vez a la vuelta se haga con un bidón o algo por el estilo para llevar un poco a casa. Incluso podrían repostar sobre el auto mismo cuando llegue la ocasión. Pero, pensándolo bien, no valía la pena perder el tiempo buscando un lugar mas alejado y aislado, con las posibilidades de agricultura que poseía su campo.

Por primera vez se preguntó si habría alguien allí fuera, sobreviviendo, reuniéndose y organizando algún tipo de resistencia. Tal vez. Pero las esperanzas es mejor matarlas desde el inicio; el ya había dejado de ser un adolescente cuando se vio obligado a acabar con Emeri, largas noches lloró y dolió por él, pero la vida le había obligado a crecer demasiado rápido.

Se sacudió de la cabeza sus pensamientos y se acercó a la tienda. Abrió con el hacha en las manos, esperando alguna acometida. En vano lo hizo, ya que estaba vacío; a un lado, una ventana abierta dejaba permiso al aire matutino que soplaba los folletines en las estanterías. Éstas nunca estuvieron muy llenas. Tampoco era un lugar grande. Había algunas bolsas de papas fritas, artículos de limpieza, gaseosas en las heladeras, helados que ya estaban derretidos en el congelador, entre otras cosas. Al parecer, alguien pasó por aquí.

Algo llamó su atención. Si bien estaba casi vacío, encontró un paquete de L&M al fondo de la exhibidora. Arrancó el encendedor de la soga que lo sostenía y se metió ambas cosas al bolsillo. No parecía mal momento para empezar a fumar. Aun así, esperaría hasta la noche.

Se acercó a los productos de limpieza y rebuscó entre las botellas. Se encontró con un limpiador de vidrios con el logotipo de inflamable y se imaginó prendiendo a los cabezas. Sí, tal vez funcione. Tomó las bolsas de papas fritas que sobraban y recordó a Emeri. Las nauseas volvieron devuelta, junto con un ataque de pánico que le obligó a soltar el bolso y salir corriendo hacia afuera. El aire le devolvió el color en el rostro y el sol le abofeteó los ojos. Despierta, cabrón, aun no hemos terminado.

Escupió a un costado y trago saliva. Sacó agua del compartimiento que le hizo su madre y se enjugó la boca. Respiró por unos momentos, en paz

y soledad, mientras observaba los yermos territorios desolados por la catástrofe. Apenas había pasado un mes del inicio de aquel apocalipsis y ya parecía una eternidad. Siempre creyó que la raza humana se extinguiría a si misma entre bombas y misiles nucleares. Nadie esperaba esto.

Le robó la gorra a Francisco, el encargado, protegiéndose de un sol que no tenía piedad. Caminando por la calle entendió lo difícil del invierno, que había que prepararse para su llegada. Recolectar leña, comida, suministros, ropa y cuidarse de los resfríos sobre todo. Aun así, el calor también parecía propagar el virus con mayor velocidad. Tal vez el invierno enfríe un poco las cosas.

Se acercó a la primera tienda que recibía a la ciudad. Era un pequeño almacén cuyo escaparate decía "sanguchazos". Apenas se acercó sintió un aroma podrido que se escurría entre sus heladeras y por las ventanas. Rompió la puerta de un solo hachazo y entró. "Al final si que me servías", pensó para sí. Con el hacha se podía acceder a muchos lugares, no por eso era para emergencias y bomberos. Sin embargo, lo único que se quedó fue ese amargo descubrimiento, puesto que los "sanguchazos" habían desaparecido o estaban ya en mal estado, además de los sándwiches de miga o los pebetes.

Se retiró de allí con rapidez antes de que le entren nauseas y reparó en un mecánico que estaba apostado a la izquierda de la travesía de entrada. Fuera, a unos pasos del portón entreabierto, sacó una hoja de papel que tenía en el bolso y repasó lo que le explicó su padre. Necesitaban, de ser posible, un alternador, un fusible y una bugía. Santiago reconocía los últimos dos, pero su padre le tuvo que dibujar lo que era un alternador y la idea le quedó bastante clara, aunque el dibujo sea de un niño de cinco años.

Esperanzado, abrió con lentitud el portón. El sol baño la oscuridad de la que emergían las diferentes herramientas en las paredes, una camioneta que estaba siendo revisada, neumáticos apilados y un fuerte olor aceitoso. Entonces, reparó en que la camioneta era de la misma marca que su padre, una Chevrolet de un modelo diferente pero muy parecido. Tal vez sus partes servirían.

Abrió el capó y el portón que daba a un patio desolado para que le de luz. Allí encontró una batería que parecía en buen estado. Tomó un destornillador y la sacó, pesaba lo suyo dentro del bolso pero valía la pena. Ya no había electricidad para cargar la suya y no contaban con un generador. Se le ocurrió buena idea buscar uno, pero le parecía que se trataba de una empresa particular a la cual le dedicaría un día entero junto con su padre, si es que se recuperaba algún día de esa rodilla

maltrecha. Por ahora sobrevivirían en la oscuridad.

Además, se encontró con el alternador que le decía su padre empotrado con tornillos. Tomó las llaves, probó la correcta y logró sacarlo. También, pesaba lo suyo, pero aún tenía espacio en la bolsa. Aquel viaje le costaría energía, tal vez sea mejor dejarlo para la vuelta y llevarlo en otro contenedor.

De todas maneras siguió buscando, encontrando un par de bugías de repuesto y poco más. Ni rastros de un fusible nuevo, y el que tenía la camioneta parecía quemado. Seguiría buscando.

Se halló con una pequeña mochila de escuela de color rojo, puso todos los repuestos allí, apretándolos, y los dejó escondidos detrás de un árbol. Tenía que seguir curso, volvería por ella cuando el sol este por caer.

Sin embargo, cuando estaba por irse, oyó un ruido extraño. Se volvió hacia adentro y escudriño el lugar, creyendo oír a un cabeza asomándose por allí. Nada, silencio. Rodeó la camioneta e inspeccionó el patio. Tampoco había rastros de nada. Se acercó al capó y lo cerró, por aquello de no verlo abierto.

Cuando cayó la tapa, también lo hizo Santiago. Algo lo agarró por la pierna y tiró de él, haciéndole caer de espalda y golpearle la cabeza. Alzó la vista y vislumbró a dos cabezas en el pozo de inspección, vestidos con monos de trabajos y lanzando bocados al aire. El calvo le arrancó un trozo de pantalón a Santiago antes de que le pudiese dar una patada, salvándose de una mordida por los pelos.

Habiéndose zafado, agarró unos fierros con punta que había a un costado y los remató a los dos. Otro día en la oficina.

Casi le agarra un infarto, y era el comienzo del día.

A través de la ventana, el sol de la tarde penetraba las cortinas e iluminaba una sala de estar apolillada y corroída por el polvo del tiempo. El pasillo se hallaba inerte, sereno, y una puerta semiabierta servía de recuerdo para la misión más difícil e importante de su vida.

Clara observaba impasible hacia la calle, sentada en un mullido sillón. Algunos infectados pululaban con idiotez, sus pieles quemadas por el sol abrasador; le parecía a ella que se movían al azar, sin ninguna especie de patrón ni nada por el estilo que sea demostración de que tenían algún tipo

de inteligencia. La infección les había carcomido el cerebro.

Pero a lo que si respondían, mas allá de una visión colérica y perdida en la nada, era a lo que oían. Eran en extremo sensibles a ello. Por eso se había acostumbrado con rapidez a ser un pequeño ratoncillo que husmeaba de aquí por allá. En realidad, siempre había sido así. En los pasillos de la escuela, allá en la escuela secundaria especial de La Carlota, pasaba desapercibida. Nunca le gustó mucho la gente.

Ahora, luego de tan solo un mes, añora algo de contacto humano. Aquellas cosas que caminan en la calle dejaron de serlo desde que contrajeron aquella mórbida enfermedad.

Suspirando, miró hacia un costado y se concentró en la foto familiar. Estaban ella, su hermanito y sus padres. Una lágrima se escurrió con timidez. Reprimió el resto, no quería seguir ahogándose en su dolor, tenía alguien a quien cuidar.

Se levantó y fue hacia la habitación entreabierta. Gustavo, o Gutti, como le decía ella, yacía con su cuerpo de seis años en la cama, semi-inconsciente. Su frente sudaba a raudales, y ningún paño frío podría ayudarlo a que su fiebre merme. Levantó su brazo, provocando un leve quejido y le sacó la venda. Un zarpazo le recorría desde el hombro izquierdo hasta el codo.

Tragó saliva, tomó otra venda y se la colocó. Ignoró por completo aquel extraño hedor que emanaba de la herida y se fue a poner las vendas sucias en remojo, aprovechando para hacer lo propio con su cara y su cabello. Apoyada frente al espejo del baño, mientras una gota pendía desde la punta de la nariz, contemplaba sus fauces. Una palabra violenta y tenebrosa rebotaba en los confines de su mente; de nada servía ignorarla, era imposible. Hacía dos días que intentaba encontrar la solución.

Infección. Si no encontraba pronto algún analgésico, ya sea en pastillas o líquido, terminaría empeorando.

Volvió a levantar la mirada. Aquel semblante, tan extraño e iracundo, era suyo, al parecer. Estaba enfadado, y triste. Dentro de esas pupilas, una ira hirviente la invitaba a hacer su tarea. Una injusticia, trágica y ruin, le había quitado a sus padres. No se llevaría a su hermanito.

Se puso una remera de tirantes blanca, la mochila en la espalda, unas zapatillas deportivas y se acercó a la ventana. Se asomó hacia abajo y escudriño la calle. Tres pisos de distancia la separaban de una vereda sucia y llena de hojas amarillas. Unos infectados observaban al otro lado de la calle. Miró hacia la izquierda, sacando la cabeza por el cristal, y observó a los dos que custodiaban la entrada del edificio. Seguían tan

impertérritos como siempre.

Abrió la ventana, tomó la soga que armó con las sábanas, la ató en el acero del radiado y la tiró hacia la calle. Bajo con lentitud, apoyando levemente los pies sobre la pared y cuidando de no resbalar ni romper su preciado instrumento. Cuando apoyó los pies en el piso, se giró cual gacela. Los moros seguían en la costa, pero no la vieron llegar.

Agachada se acercó a la esquina y recordó las calles. Se encontraba en la Avenida Velez Sarfield y 9 de Julio. Frente a ella se extendía esta última, su objetivo estaba a unas tres o cuatro cuadras, no lo recordaba muy bien. El Hospital San Antonio era su mejor opción. Empero, era de esperarse que estuviese concurrido. No precisamente por enfermos.

Con paciencia y un calor sofocante, Santiago revisó cada una de las casas, negocios y locales a los cuales pudo acceder en la entrada al pueblo. Su mejor hallazgo fueron unas latas de conserva, pegamento, unos paquetes de caramelos y unos borcegos oscuros que, por ahora, no se pondría: hacía demasiado calor. Había logrado cambiarse las medias largas por unas mas cortas ya que estaban sudadas a raudales. Le estaban saliendo callos en los pies, por lo que se puso unos trozos de tela de algodón en el talón de Aquiles y la molestia mermó bastante.

Pero ahora se encontraba con el verdadero desafío. Estaba parado en el medio del puente. Debajo, el Río Cuarto se encontraba bastante seco; la poca agua que se escurría de un lado al otro no le llegaría ni a las rodillas, por lo que parecía una buena salida en caso de no poder contar con el puente.

Se alejó de la barandilla y contemplo la calle que se alargaba frente a él. En medio de una rotonda se alzaba un mástil con la bandera argentina; un parquecito que solía acostumbrar con Clara se abría al otro lado de la calle y los autos, motos y bicicletas abandonados recordaban con nostalgia a sus dueños ya extintos. Esos dueños que se apiñaban en la calle principal.

Suspirando recordó a su amada. El corazón se le constreñía de dolor al pensar el fatídico destino que temía. Añoraba encontrarla, abrazarla y llorar juntos. Solos en el mundo, los amantes.

El Hospital parecía sereno. Desde fuera, en el otro lado de la vereda, Clara reunía valor para internarse en aquella jungla. Con un cuchillo en su mano, cuyo filo estaba ya gastándose, y una mirada fría y depredadora.

Se levantó de la sombra en la cual estaba agazapada y caminó con lentitud hacia la entrada. Allí, a pocos metros de las puertas, un guardia de seguridad con la cara pálida y el cuello rojo le oyó avanzar. Se dio la vuelta como un poseso, su mandíbula castañeaba con el olor a sudor de la remera de Clara, y sus ojos inyectados se estremecían el saborear su próxima pieza.

No le parecía complicado, pero requería cierta técnica. No se trataba solamente de clavar la hoja en la cara de los infectados. Por suerte, la piel y la carne estaban ya podridos y débiles. Sin embargo, los huesos seguían siendo igual de duros, por ahora. Ella tenía la teoría de que mientras más tiempo pasaban mejor sería para los humanos. O viceversa. Le parecía extraño pensar en términos humanísticos y de especie cuando meditaba la mejor de las maneras de asesinar a un extraño. Le resultaba difícil verlo como otra cosa que no sea una persona.

Al final optó por la más fácil. Se acercó, lo tomó por la nuca y le hundió la punta por la frente hasta el fondo. Cuando cayó el cuerpo, tuvo problemas para sacarle el arma, un simple cuchillo de cocina. Antes de continuar, se fijó en que tenía una pistola algo extraña en la funda. Tal vez era un tazer. Además, encontró una cachiporra de plástico que pendía del cinturón del grandullón. Guardó ambas cosas en su mochila y prosiguió.

Miró a través de las ventanas y presenció una tétrica escena. Un largo pasillo se adelantaba unos cincuenta metros de profundidad. Un par de camillas se apostaban en el mismo, cuyas sábanas rojas profetizaban que la muerte andaba cerca. Y allí aparecieron, los dos al mismo tiempo. Un hombre alto con una bata de hospital y el brazo con un sello ortopédico; una enfermera con su bata blanca inmaculada tenía toda la cara carcomida, sus dientes asomaban por los labios faltantes y los ojos brillaban en la tenue iluminación de un patio de luz.

Tragó saliva, miró a sus espaldas y se tomó un momento.

- El miedo mata la mente, Clara - se dijo con furia - El miedo es una herramienta, una emoción como cualquiera otra, tan importante como la alegría. Vos podés.

Alzó la mirada, ya motivada, y giró el picaporte con lentitud. Una vez estuvo dentro, no pudo evitar sentir ese aroma característico que tanto odiaba de los hospitales. Un día cualquiera sería olor a enfermedad,

alcohol etílico, jarabes, ancianos o perfume de bebé. Este no es un día cualquiera. Los cuadros están rasgados y manchados de sangre, así como el piso, una baba multiforme que corroe las baldosas se extiende desde la administración hasta la primera habitación, una cocina, la cual Clara tiene a su derecha.

Lo primero que hace es asegurarse las espaldas. Toma una de las sillas de espera y la coloca en la puerta como traba. Se asegura de que sus nuevos amigos no le hallan escuchado, entra a la cocina y se lleva todo lo que encuentra: paquetes de galletas, te y mate, algunas frutas y poco más. Pero los nervios le ganaron. Cuando guardaba todo, giró y su mochila golpeó un salero que se cayó y partió en mil pedazos.

Con el corazón desbocado, sale al encuentro de los infectados. Con un paso se posiciona frente a ellos en el pasillo y espera la llegada de la primera. Tiene un mono de dos piezas, con algunas cosas en el bolsillo, y se tambalea con decisión. Clara respira profundo y se concentra en el grandullón que estaba en el final del pasillo. También la oyó.

- Que así sea - se dijo.

Con el gesto contraído en una mueca de asco le hundió el cuchillo a la enfermera por debajo de la perilla hasta lo más profundo de la cabeza. Esta cayó de rodillas y hacia atrás. Clara le tantea los bolsillos, tanteando con la mirada al próximo que se acerca. Encuentra unos paquetitos que dicen "gasa", una jeringa vacía y unos chicles. Tira la jeringa y guarda el resto.

Ahora se viene lo complicado. La adrenalina hace que su mente funcione a una velocidad inusitada. Si ese tipo la agarra, está perdida. Puede que los infectados sean débiles, pero ese hombre está por encima de sus capacidades. Tal vez mida dos metros. Clara apenas pesa unos sesenta y apenas le llega al pecho. Tiene que buscar una solución segura.

Miró a su alrededor y posó su vista en la administración. Una lámpara de mesa, una engrapadora, lápices. Volvió a mirar el pasillo y recordó aquello que su padre, profesor de literatura, le dijo una vez: "Hay que usar el terreno siempre a nuestro favor". Lo había sacado de un filósofo chino, decía. Clara tenía un pasillo largo y estrecho. Se le ocurrió una idea.

Tomó el cable de la lámpara, lo cortó por sendas puntas y se acercó a los bancos de espera que estaban empotrados a la pared. Ató el cable en ambos lados con fuerza y tiró. Parecía resistente.

Ahora solo quedaba esperar. Contemplo la marcha tenebrosa. Una tristeza profunda le invadió al ver aquel hombre. Se preguntó se estaba vivo, quien era, quienes le quería, quienes le esperaban o si había alguien

en este mundo que todavía se preocupase por él. Sin embargo, ella sabía que allí dentro no había nada ni nadie. Solo un pedazo de carne carnívora, ansiosa por devorar, tambaleante y sin sentimientos que se acercaba a Clara. Ella tomó unos guantes de latex de uno de esos paquetitos y se los puso con paciencia.

El tipo, ya al final de su marcha, se apuró y tropezó con el cable. Su cuerpo cayó con estruendoso golpe y recibió un cuchillazo en la nuca. Se podía ver su culo blanco por entre la bata.

La caída del grandote llamó a otros, Clara los oyó jadear. Antes de que pudiesen reaccionar, entró al primer consultorio y revolvió todas los cajones. Más gasas, más jeringas y de esas paletitas de helado que usan los doctores para examinarte las anginas. Tomó una botella de alcohol, unas gasas y unas vendas. Pero nada de antibióticos.

El siguiente consultorio estaba del otro lado del cable, pero los infectados ya habían llegado. Eran cuatro. Una chica rubia lideraba la batuta, cayó de lado y Clara le hundió el filo por la sien. Lo mismo para el anciano con la gorra de cuero y la señora con el bolso de gatitos. Solo quedaba uno.

Este venía desde el fondo, en el último consultorio. Era delgado y tenía la piel morada. No se tambaleaba como los otros, no caminaba como los otros ni perdía la cabeza cuando olía sangre. Tenía un extraño líquido efervescente que salía de su boca desencajada y abierta de oreja a oreja. Era de un color rosado y verdoso. Le resultaba familiar.

Se giró y notó que era el mismo que vio en el piso de la administración. Era un ácido tan potente que consumía la cerámica. Cuando se volteó, el infectado curvó su columna de forma inhumana y lanzó un escupitajo que atravesó toda la sala.

Reaccionó al instante y se tiró al suelo. La baba efervescente se estampó contra la puerta de entrada y empezó a carcomer el cristal. Unas gotas habían caído en su remera y la consumieron al contacto, dejándole agujerillos en la espalda.

Ni lo dudó, tomó su mochila y se escondió detrás del escritorio de administración. Tomó su cuchillo, lo observó y lo sopesó. No llegaría, no con la distancia que manejaba aquel insecto. Podía oírlo jadear, así como a sus fauces sacrílegas, borboteantes y la carne gelatinosa. Le generaba el peor de los repudios. No se acercaría a esa cosa, terminaría bañada en ácido.

A menos de que la pistola le sirviese de algo. Si de verdad era una taser, lo cual ya resultaba extraño de encontrar en La Carlota, no generaría el ruido necesario para atraer a todos los infectados de la zona.

Era su mejor opción.

Se apresuró a sacarla de la mochila y la sopeso. Parecía cargada, por el peso. Tampoco sabía como funcionaba, pero la televisión había mostrado películas al respecto. Apenas apriete el gatillo, dos electrodos se lanzarían a una distancia cercana. Por suerte, la cosa ya estaba acercándose con los pies descalzos resbalando en la sangre del suelo.

Pistola en mano salió en su encuentro; estaba lejos, a unos veinte metros, por lo que se apresuró y acortó las distancias saltando el cable y metiéndose en el siguiente consultorio. Una bola de ácido rebotó contra la pared apenas cerró la puerta. Allí, el consultorio parecía conectarse con el siguiente. Abrió las puertas y se encontró frente a una secretaría. Una ventanilla se abría hacia el pasillo, dejando entrever la silueta recortada del infectado que avanzaba con unas piernas chuecas y flacas. Parecía consumido por dentro.

El mounstro la vio por la ventanilla, recargó y escupió. Ella se apretujó detrás del escritorio apostado en el medio de la estancia, mientras que la bola ácida se estampó contra una vitrina y evaporó toda la madera al contacto.

Mas allá del horror que le producía semejante espectáculo, mas allá de las vueltas que le daba su estómago y el mareo producido por aquella sustancia, Clara experimentó una sensación indescriptible. Dentro de aquella vitrina, había una pequeña botella de color rojo. Era el color que tanto buscaba. Decía Pervinox, la marca. Era para combatir las infecciones.

No saldría de allí sin aquel ítem. Tomó la pistola, se asomó por la ventana y disparó. Una de los electrodos se estampó en el estómago del borbotón y otro en el brazo derecho. La cosa comenzó a temblar descontrolada, sus músculos se contraían y su garganta expiraba una secreción blanca de espuma. Era su oportunidad. Soltó el taser, saltó la ventanilla y le clavó el cuchillo por la coronilla. No mas ácido, calló muerto desplomado sobre sus propios líquidos efluentes.

La rabia había tomado control de Clara, en buena hora, ya que había encontrado aquel preciado tesoro para ella. Tomó la botellita y salió del hospital.

Facundo pasó con calma por la plazoleta del bombero, donde Santiago se agazapaba detrás de una mata de arbustos y le observaba pasar con incredulidad. Le resultaba increíble ver pasar a otro ser humano, luego de semanas de ver solo a su familia, en una motocicleta como si el resto del mundo no diese cuenta de ello. El muy imbécil atraería todo a su paso,

como un imán de infectados. Pero había algo en sus maneras que resultaban algo desconfiables: parecía que lo hacía a propósito, con esos gestos seguros y medidos.

El hombre bajó de su motocicleta, se sacó su chaqueta negra, la dejó dentro de una mochila acoplada en la parte trasera y sacó una pistola. Habiéndola cargado y puesto en su espalda, se arremangó los pantalones, sacó una cuchilla de carnicero y se dispuso a internarse dentro de la localidad. Santiago salió de su escondite, lo dejó avanzar un par de cuadras y con precaución anduvo detrás de él. Si sus sentidos no le fallaban, los infectados de por lo menos 300 metros a la redonda habrían oído el ronronear profundo de la FatBoy, como decía en un costado, y se arremolinarían entorno al cacharro de metal. Era hora de continuar. Solo esperaba que se tratase de alguien amistoso.

Clara nunca había experimentado tal sensación. Era como si le hubiese vuelto el alma al cuerpo; ese nudo en su garganta, esa piedra opresiva de su pecho, todo se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos. Ahora que lo pensaba, mientras avanzaba con cautela por ruta °4 que atravesaba todo el pueblo, arriesgó su vida por la de su hermano y no se encontraba arrepentida por ello. Se sentía como una heroína, o como su madre, quien trabajaba en el hospital Ramón J. Cárcano de Laboulaye. Cuando pensó en ella, el nudo de su garganta volvió con fuerza renovada.

Imagínense la bola de plomo que cayó sobre su pecho cuando lo vio a Facundo Garmendia, solo, caminando con sus lentes de sol y su musculosa negra en el medio de la travesía con un cuchillo de carnicero que revoleaba al aire cual juguete. Su primer instinto fue esconderse, pero ya era tarde. Sus miradas se habían cruzado.

- !Ohh, miren que tenemos acá! - dijo Facundo, extasiado.

Clara frunció el ceño. No le gustaba ese tipo. La manera en que caminaba, silbando, no provenía de alguien cuerdo y dentro de sus cabales. Algo andaba mal. No se le ocurrió soltar su cuchillo ni por nada en el mundo. Facundo tampoco.

- Nena, no hace falta que nos lastimemos. Podemos formar una buena familia si nos juntamos ¿Qué te parece?

- ¿Familia?

- Claro, como hermanos - aclaró.

- Claro, estoy segura de que estás acostumbrado a ver a las mujeres como hermanas ¿no?

Facundo se envaró. Esta pendeja era más suspicaz de lo que creyó. Se relamió en cólera y levantó el cuchillo.

- Quise hacer esto por las buenas ...

- !Clara!

La bola en su pecho desapareció. Detrás de aquel engendro, atrayendo varios infectados detrás suyo, apareció alguien a quien creía perdido y cuya memoria olvidó por completo. Santiago. Este pasó a un costado de un Facundo que miraba su hacha con recelo. Pero esta cayó al suelo a su vez que Santiago caía en los brazos de Clara. Se fundieron los amantes.

Lloraron, juntos lloraron. Todo el pesar y tensión de las últimas semanas se desvaneció como la sangre en el agua y por un instante, solo un momento, olvidaron la terrible realidad tan bastarda que el destino les había truncado. De los brazos tomados se observaron, incapaces de reaccionar.

- Yo ... - dijo ella - Lo lamento.

- ¿Dónde está tu familia? Podemos juntarnos - dijo Santiago en voz baja - Podemos estar juntos y así ser mas fuertes. Clara, tenemos que hacerlo.

- Mis padres ya no están.

Santiago se envaró y permaneció en silencio.

- ¿Qué?

- Luego te cuento.

Por ahora había algo más importante con lo que lidiar. Aquel tipo sostenía entre sus manos el hacha que trajo Santiago consigo como si hubiese hallado el tesoro de la humanidad o la fuente de la juventud.

- Que lindo juguete - murmuró para sí. Lo manipuló un par de veces, lo hizo girar en el aire como un malabarista y lo atrapó entre risas. Detrás de si llegaban los infectados que, primero atraídos por la motocicleta, olieron y oyeron la conversación y ahora se encaramaban frente a Facundo. Este

se dio la vuelta y comenzó a probar su nueva arma.

- Vamos - dijo Santiago.

Se tomaron de la mano y desaparecieron por una calle lateral.

- ¿Qué pasó? - preguntaba él.

Sentada en una silla a un costado de la cama, untaba el líquido en el brazo de su hermano, quien lloraba del dolor. Melancólica, dejó el desinfectante en la mesa de luz y se volvió hacia Santiago. Dios, adoraba esa cara, pero odiaba el estado deplorable en el que estaba. Seguro ella se hallaba peor.

- Volvíamos de Laboulaye, mi madre salió del hospital con una mordida. No sabíamos que era incurable. Todo se hallaba en pánico, todos corrían hacia donde pudiesen, robaban, saqueaban, mataban indiscriminadamente. Habían perdido el juicio. Nosotros pensamos lo mismo que vos: volver a casa, tal vez por no saber por donde empezar o por temor. No sabíamos que mi madre ya estaba perdida. No sabíamos que se despertaría y mordería a mi padre en el cuello. Yo ...

Levantó el cuchillo, recordando.

- Los tuve que matar - dijo sollozando - Se habían convertido, rasguñaron a Gutti y querían comérselo. Él salió corriendo hacia la calle y yo lo seguí. Tuve que llevarme sus cuerpos a otro lado ... no podía verlos cada vez que salía.

Luego, rompió a llorar. El contacto del pecho y el hombro de Santiago resultaban tan reconfortantes, que no quería separarse de él. La noche caía.

- Comamos algo - dijo él - y descansemos. Gutti se va a reponer, gracias a vos.

Ella asintió. Cerraron las cortinas, trabaron la puerta y las ventanas. Ella sacó de la alacena un paquete de masitas saladas y picadillo, él extrajo de su mochila un poco de cereal y jugo caliente. Por como estaban las cosas, se estaban dando un festín.

Comieron en el suelo, sobre una manta, en silencio, disfrutando cada bocado, de la compañía y la calma. Encendieron un par de velas y se acostaron ella sobre él. Sintieron sus respiraciones, se unieron en un

instante eterno que se difuminó por entero cuando ella se abalanzó sobre él y sus labios.

Fuera, los infectados enloquecían; gritaban, se arrancaban las ropas, se auto-mutilaban, mutaban y se deformaban gracias a una infección que les corroía todo el cuerpo.

Dentro, los amantes hacían el amor en la oscuridad.

Por la mañana, a primer hora del alba, se despertaron los dos juntos, ambos entre sus brazos, pegados por el calor. Se desperezaron ambos con una sonrisa, pero por sobre todo con una mirada, de aquellas que llevan dentro miles de significados que se escapan a la razón.

Gutti se encontraba de maravilla. No solo le había bajado la fiebre, sino que ya había salido de ese estado catatónico y letárgico de la enfermedad. Además, los miraba a los ojos y les hablaba. Su herida había cicatrizado con velocidad, generando una costra oscura que tapaba la herida. Clara aplicó un poco más de desinfectante, volvió a cambiar las vendas y lo dejó descansar otro rato.

Una vez salieron del cuarto, hablaron los dos a solas.

- ¿Cuál era tu plan? - preguntó ella.

El pensó sus palabras con cuidado, luego dijo:

- Tomar a Gutti, todas nuestras provisiones y cualquier cosa que sirva de arma para irnos de acá. Estamos en el medio del centro de la ciudad, ya viste lo que ese tarado de allá hizo con el ruido de su moto.

- ¿Cómo sabes que vino en moto?

- Lo vi llegar y lo seguí. Así te encontré a vos.

Clara creía que era un plan arriesgado. Con Gutti a cuestas iba a ser difícil avanzar por las calles ataviadas de infectados. En ese momento no valdría nada del sigilo que ella empleaba.

- No me gusta ese tipo, - continuó Santi - pareciera disfrutar de molerse a palos con los infectados. Es un perverso.

- Hay que alejarse de él - convino ella con la mirada perdida - Nos tenemos que ir.

Y así hicieron. Pusieron todas las latas, botellas, frutas sanas y muda de ropa dentro de sus mochilas, acaparando la bolsa de Santiago. Ambos se pusieron a la tarea de afilar bien sus cuchillos y a ella se le ocurrió la idea de fabricar una especie de lanza con el palo de la escoba o el de las cortinas. Así, durante una hora afilaron bien ambas puntas de las maderas y consiguieron un buen resultado. Tal vez hasta podrían atar los cuchillos a ellas, pensó Santiago.

- Son demasiado valiosos - dijo Clara - No podemos perderlos.

- Ese idiota se quedó con mi hacha - lamentaba Santi.

En lo que se preparaban, Gutti salió de la habitación. Estaba en pantaloncitos cortos y se había quitado la remera a causa del calor. La venda no estaba y la gasa que le había puesto pendía de su cinta al tiempo que se rascaba.

- Gutti, no te rasques - espetó ella.

- Me pica ...

- Si te pica es porque está sanando - dijo Santi.

- ¿Cuándo va a volver mamá?

Clara tragó saliva y miró hacia atrás con temor. Ya sabía lo que se venía.

- Clara.

Miró a Santiago. Su mirada penetrante, cargada de peso y responsabilidad, le dijeron que tenía que hacer. Pero, ¿Cómo decirle a su hermanito que su madre y su padre ya no volverán? Las lagrimas comenzaron a caer de su rostro. Él, lamentándose, se agachó junto a Gutti, ambos en el umbral de la cocina, mientras Clara observaba con pavor.

- Gutti - comenzó a decir - tu madre ... y tu padre también ...

El niño no comprendía.

- Ya no van a volver - dijo su voz quebradiza - Están muertos.

- No es cierto, estaban enfermos, eso dijo mi hermana, que estaban enfermos y ya se iban a recuperar.

- No - dijo Clara. Con los puños cerrados y el dolor constriñéndole el pecho se acercó a él - No se recuperaron Gustavo. Ya no los vamos a

volver a ver.

Con sus brazos lo envolvió, colmándose de dolor, mientras una pequeña gota salina se escurría por la mejilla del niño. Entre el aire inerte y sereno de la noche, mientras los colgajos de sangre, piel y baba se arrastraban por las calles del pueblo, un pequeño comprendía lo que era la muerte. Dejaba de ser niño.

Un Nieto Senetiner, tinto y caliente, pendía de sus dedos. Impávido se hallaba en el techo de una casucha de color maíz, de patio grande y verdoso, el cual brillaba por el amanecer caluroso de aquel otoño. Cómo si fueran hojas, aquellos dos niños salían de su escondrijo. Llevaban bolsas y mochilas a sus espaldas, unos palos con punta y un crío a las espaldas del muchacho. Mientras avanzaban hacia la calle principal, no podía quitarle los ojos a la chica. Una convicción irracional recorría sus venas, desde el cerebro hasta la cintura. Debía poseerla.

Alejada de todo estado de civilización, la casa de la familia Ruggeri se dibujaba en el lienzo de una sección idílica campestre. Una cortina de árboles rodeaban la localidad, casi como un abanico protector, y una pequeña extensión de maíz, soja y girasol daban la bienvenida a un hogar acogedor. Clara se sentía, a su pesar, como en casa. La madre de Santiago, María, la avasalló con preguntas, abrazos y sollozos temerosos. Cuando se hubieron sentado y el padre, Miguel, trajo la comida a la mesa y saciaron su apetito, sus añoranzas de paz y alegría volvieron a ser truncadas por el silencio que se ceñía sobre las paredes.

- Están los dos muertos - dijo ella.

A la luz de las velas, compartían el ritual nefasto del duelo junto a Clara. Santiago tomaba su mano con fuerza, como temiendo que el viento se la llevase. María levantó la mesa, lavó los platos y preparó una habitación para los recién llegados. Mientras las mujeres atendían a Gutti, Alicia, la hermanita de Santi, tendía la cama para su pequeño amigo que, si bien ya se conocían de antes, terminarían siendo muy cercanos. En eso, Santiago ayudaba a su padre a cerrar y trabar puertas y ventanas, ya que la noche se venía.

Los gruñidos sacrílegos del horror se propagaban poco a poco en las inmediaciones, como un aviso terrorífico de la terrible fatalidad que caería

sobre todos ellos. En los árboles, en el cielo y en la tierra, el piar y el croar de los animales se detuvo para observar el terrible espectáculo satánico que recaerá sobre los justos. El silencio de las paredes se propagó sobre todo el terreno. Con el corazón en la mano, Santiago se preguntaba, antes del martirio, que sería de todos ellos.

Hasta que escucharon el disparo.

Provino desde la tranquera de entrada y sobrevoló todo el cielo. Todavía se podía ver el humo de la pistola bailando en la semioscuridad que se volvía cada vez más opresiva. El sol se escondía en el oeste, las nubes se arremolinaban en la lejanía, teñidas de rojo. El emisario de la muerte, portador del hacha que una vez fue de Santiago, yacía parado inerte ante sus ojos.

Santi, incrédulo, se acercó trastabillando.

- Sos un imbécil - le susurró.

Facundo guardó la pistola en su espalda, tomó el hacha que tenía en una mano y se la tiró a los pies. Santiago la tomó con dedos temblorosos.

- Cuidala - dijo Facundo - Y no me refiero al hacha.

Santiago miró hacia atrás. Toda su familia, incluida Clara, observaban impávidos mientras oían la conversación. Ella, con el ceño fruncido, se acercó con determinación y escupió en el suelo. Facundo reía mientras esquivaba el proyectil baboso. La picardía se dibujó en sus ojos al momento que decía.

- No lo vas a disfrutar.

Se dio la vuelta y se marchó en dirección opuesta a la casa.

Los minutos transcurrieron y el temor les cerró la respiración cuando se percataron de lo sucedido. Ya habían preparado bolsas, bolsos, maletas y cajas llenas de comida y suministros, apilando todo detrás de la camioneta. Santiago, con un bidón de gasolina medio vacío en la mano y una llave cruz en la otra, oyó un sonido que le heló la sangre.

Al voltearse, casi se le caen las cosas de la mano al observar el horizonte oscuro que se teñía de gris por la luna. Con lentitud, los infectados avanzaban en tropel, apareciendo allá en el norte, detrás de las espesas matas de árboles que circundaban al pueblo. Abandonaron las tiendas, calles pavimentadas y edificios públicos repletos de cadáveres para internarse en la desolada llanura que solía ser tan pacífica. Hasta

ahora.

Salieron todos de la casa, ataviados con cuchillos, palos con punta, hachas y martillos. Introdujeron a los niños dentro del vehículo, lo rodearon y se prepararon para la oleada.

- ¿Cuál es el plan? - preguntó Santi a su padre.

- Rezar - dijo su madre mientras besaba su rosario.

- Vamos a reducirlos hasta que pueda maniobrar y salir de acá. No pueden acercarse a la camioneta bajo ningún concepto.

Los caminantes arribaban con la calma de los muertos, entregándose de lleno ante las garras de sus adversarios. Caían como moscas y seguían llegando de decenas. Sus cabezas se veían cercenadas y apuntilladas, despidiendo ese olor pútrido que se acumulaba y les revolvía el estómago. Así estuvieron durante casi media hora.

Santiago levantó la cabeza y vio una oportunidad.

- !Papá! - exclamó - Es ahora, mirá.

La tranquera se hallaba despejada, y la ruta que abandonaba la casa, meramente moteada por unos cuantos infectados.

- !Todos adentro!

Se apiñaron como pudieron, con los niños sobre el regazo, y aceleraron sobre el camino empedrado alejándose de los infectados. A los lados del camino seguían llegando más y más, tapando todo el lado izquierdo como una espesa sombra sobre el llano tenuemente iluminada por la luna.

- Acelerá, que sino nos agarran allá en la entrada - dijo María.

Miguel puso la cuarta y aceleró a casi 80km. Algunos caminantes se adelantaron a los otros y ya custodiaban el camino, por lo que se veían atropellados por una Toyota de doble cabina cuya pintura negra apenas se inmutaba con la sangre de sus víctimas. Dentro, se palpaba la tensión, los niños lloraban por lo bajo y los adultos permanecían en silencio mientras los adolescentes solo atinaban a mirarse en el asiento trasero mientras se daban la mano.

- No puede ser - dijo Miguel.

- ¿Qué pasó?

- Está cerrada la tranquera.

- No puede ser - repitió Santiago - Si yo la dejé abierta con piedras para que no se mueva.

- Alguien las habrá sacado - dijo María.

- Hijo de puta - dijo Clara, intuyendo de quien se trataba.

Santiago ni lo pensó. Abrió la puerta de la Toyota, miró hacia los lados y salió a correr hacia la tranquera. En ese pequeño atisbo logró avistar a la oleada salvaje que venía detrás de ellos, pero estaban a varios segundos de distancia, por lo que le debería dar tiempo para terminar de abrirla y volver al vehículo.

Estaba poniendo las piedras cuando se dió la vuelta y tenía a una docena de ellos viniendo desde el otro lado, por el este, donde seguía el camino. Tomó su hacha y comenzó a blandirla sin oír los gritos de los demás. Oyó una puerta abrirse y una escopeta de corredera que explotaba a su espalda. Su padre, con el doble cañón entre las manos, le ayudaba a limpiar el camino. Su madre, con el cuchillo de cocina, custodiaba la camioneta.

Cuando creyeron que el camino estaba despejado, de los árboles emergió una cosa sin igual. Era grande y redonda, vestía una remera de AC/DC que le llegaba hasta el ombligo y dejaba ver todas las capas de grasa que recorrían su estómago. Sus pies cortos y tambaleantes avanzaron hacia ellos mientras abría la boca ensangrentada y alzaba sus brazos rojos. Su paso era lento y voraz. A este no lo podrían pasar por encima.

Santiago llamó la atención de su padre. Esté recargó, se acercó y apuntó. A tres metros de distancia los dos casquillos se hundieron en la cabeza del grandullón pero no lograron penetrar. El cabrón apenas lo sintió.

- Al estómago - dijo Santiago - ¡Rápido!

Con dedos temblorosos volvió a poner los casquillos en la recámara, dejando caer varios al suelo. Volvió a acercarse, esta vez a un par de pasos de distancia y decidió apuntar al estómago. Se oyeron dos explosiones. Santiago no reconocía que había sucedido. Yacía tirado, como el resto de los caminantes que se acercaban, aturdido y con la mirada perdida. Cuando recobró la consciencia, vio a su padre estampado contra el parachoques frontal de la camioneta. Se acercó, le habló y lo zarandeó de aquí para allá. Nada. No tenía pulso. Estaba muerto.

Observó su alrededor y terminó por vomitar debido al mejunje horrible de piel, carne, grasa y miembros mutilados que estallaron en todas direcciones cuando su padre hizo explotar aquella cosa. La explosión acabó también con su vida. Aún así, aún comprendiendo lo que había pasado, Santiago no podía salir de su asombro. Estaba en shock contemplando la escena iluminada por los faros delanteros.

Su madre se incorporó y lloró a un lado del muerto antes de entrar a la camioneta junto con su hijo y los demás. Pisó el acelerador y se alejó de allí.

¿A donde irían? No lo sabían. En todo caso, tampoco querían discutirlo. Estaban demasiado abatidos como para siquiera pensarlo. En todo caso, debía ser lejos. Santiago, mientras lo sucedido calaba dentro suyo, abrazaba a Alicia que sollozaba en silencio entre sus brazos. Clara acariciaba el cabello de Santiago mientras Gutti dormía sobre su regazo. Se miraron.

En ese preciso instante, decidió que nunca se apartaría de ella. En ese momento, decidió que lo mejor era irse lejos de allí y no volver jamás. Debían encontrar un nuevo hogar.

Capítulo 3

El Fortín

Normalmente, cuando un infectado arribaba a su camilla, Josué se daba cuenta con facilidad. Los ojos dilatados y rojos, inyectados en cólera, acompañados por una respiración torácica que excedía los límites humanos, la palidez de la piel y una fiebre galopante. Esos eran los primeros indicios. En esos casos, ya ni siquiera se dignaba a controlar los síntomas. A los pocos minutos otro muerto yacía en su pseudo-clínica de paredes grises que el Sargento preparó para él.

Allí estaba, de hecho, cuando una mujer de mediana edad, llamada Mónica, llegó a su despacho gracias a una descompostura general que la arrasaba con rapidez. La mujer se retorcía desesperada por la falta de aire y una temperatura que llegaba a los °40 C. Sin embargo, su pulso no excedía los sesenta latidos por minuto. Su fatiga general evidenciaba un letargo en su cuerpo que la había puesto en un trance casi comatoso, postrándola en cama sin poder moverse y con severas alucinaciones producidas por la fiebre.

En el calor de su sala, Josué se secó la frente traspirada con la manga de su camisa y procedió a realizar un examen externo. El Sargento observaba con cuidado en una esquina de la instalación.

- María, saquémosle la ropa - dijo el doctor - Veamos si tiene alguna marca en la piel, un pinchazo o una mordida.

Una vez despojada de sus ropajes, Mónica respiraba un poco mejor. Le dieron vuelta y la inspeccionaron de arriba a abajo. Una pequeña marca, como de roedor, se dibujaba en su tobillo izquierdo. Josué les sacó las medias y casi se hecha atrás de la impresión. Los dedos de los pies estaban azules, casi gangrenados. No hizo falta que advirtiese a María, la enfermera apartó las manos en cuanto vio aquél tono violáceo.

El doc. se llevó al Sargento fuera de la sala.

- ¿Alguna idea? - preguntó este.

- Bueno, sí, pero ... - titubeó Josué.

- Diga, hombre.

- Es que parece una locura.

- Todo esto es una locura, no creo que me sorprenda su diagnóstico - aseveró el Sargento.

- Parece peste.

A través de una carretera desolada por el calor y el polvo, Santiago dormitaba apoyado en su brazo en el asiento del acompañante. El sol estaba en su cénit, era mediodía y ya se sentía exhausto. Últimamente siempre se sentía exhausto. Apenas si podía dormir, y poco ayudaba que Clara hubiese aprendido a conducir para echarle una mano, simplemente no conciliaba sueño.

La que si lograba descansar era su madre. Clara miró por el espejo retrovisor y la vio apoyada contra la puerta trasera, con la boca abierta hacia el sol. Su piel estaba pálida y estriada, constreñida en una mueca agonizante y angustiada. Como si supiese su destino.

Clara apartó la mirada, asustada, y siguió con la vista sobre la ruta. Hacía tiempo que ya no miraban mapas. No parecían ser tan importantes. Solo conducían, alejándose de los lugares infestados de caminantes por doquier, en busca de cualquier indicio de tranquilidad, agua y comida. Sobre todo comida. Los niños estaban pasando hambre, ya apenas tenían energía para jugar y mucho menos el ánimo. Estaban desesperados.

Santiago abrió los ojos ante el grito ahogado de Clara. A un costado de la ruta, rodeado de altos pastizales, sola en la nada, una especie de casa de campo se cernía sobre los prados inertes. Dentro había personas. Vivas.

Gerardo se sentó tras su escritorio, se arrellanó en su sillón de cuero y apoyó las piernas sobre la mesa. A un lado de sus recias botas, una foto en blanco y negro adornaba la tétrica habitación que hacía de oficina. Mientras la contemplaba, se secaba el sudor de su frente con su pañuelo blanco y rojo a cuadros. En la fotografía, un joven con atuendo militar se sentaba sobre un Ford Fairlane del 82'. Gerardo tuvo uno así, una preciosa maquina.

- Que mierda, loco - musitó para sí.

Recordar viejas épocas le constreñía el corazón, momentos que embargaban sobre sí la melancolía de los buenos años, donde no tenía que lidiar con semejante catástrofe apocalíptica como la que ocurría a su alrededor. Liderar batallones en las Islas Malvinas lo había endurecido, si, pero nada podía prepararlo para la devastación mundial de los muertos vivos. Y ahora, cuando por fin había reunido un grupo de gente dispuesta a luchar y capaz de hacerlo, resultaba ser que no eran los infectados el único peligro. Uno podía morir dentro de su propio hogar, ¡Incluso de peste, que locura!

Mientras pensaba las medidas que deberían de tomar, un joven abría la puerta. Su nombre era Rodrigo, llevaba una cuchilla a un lado de sus vaqueros y la musculosa negra sudada.

- Una camioneta roja pasó la tranquera - le informó.

Josué escuchó la noticia con los ojos cerrados, sin reaccionar al respecto.

- ¿Pusieron los carteles en la entrada? - preguntó.

- Si, con advertencias y todo.

- Habrá que recibirlos entonces - dijo levantándose.

Esto se ponía cada vez más complejo. Perdían algunos, ganaban a otros. Las cosas cambiaban con rapidez. Atravesó el pasillo custodiado por Rodrigo y un viejo al que apodaban Roni, cuyo bastón resonaba en el silencio de la estancia. Se habían conocido justo antes de iniciar la comunidad en El Fortín, entablando una buena relación de confianza. Roni siempre estaba cuando alguien nuevo venía, para dar las bienvenidas.

- Una lástima lo de Mónica - dijo el anciano.

- Sin dudas - lamentó Gerardo.

- La noticia voló tan rápido como la condición que acabó con ella - dijo Roni.

Gerardo le miró de hito en hito.

- Así que ya todos saben.

- Lo saben, pero fingen no hacerlo. Están asustados, Sargento. Necesitan guía y sabiduría.

- Si es por lo último, tal vez te necesiten más a vos que a mi.

- Yo no soy ningún sabio - dijo con lentitud - Solo un viejo que ha vivido lo suficiente.

Gerardo suspiró mientras advertía a la camioneta roja llegando a las rejas de entrada.

Clara avanzó con lentitud. Dejó que la camioneta avanzara sola, regulando. Estaba nerviosa, inquieta, observando hacia todos lados, hacia todas las miradas ajenas que se posaban sobre ellos.

Santiago le indicó que frenara. Se detuvieron durante un momento, mientras un hombre de tez dura y pelo corto se acercaba con un anciano de cabello entrecano. Santi se bajó de la camioneta en silencio y los recibió a un costado del camino. Las rejas de entrada estaban custodiados por unos jóvenes armados por cuchillas, machetes y lanzas armadas con palos y ramas. Santiago esperó.

El Sargento se acercó a paso firme y se paró a medio metro del chico. Era solo un pibe, llevaba el pelo enmarañado y una fina barba que surcaba su rostro cansado. Miró hacia la camioneta y encontró a una chica, de la misma edad, al volante. Detrás, dos niños miraban curiosos y asustados mientras una mujer adulta dormía con profundidad.

- ¿Son solo ustedes? - preguntó.

Santiago asintió.

- A ver que llevan atrás.

Gerardo rodeó la camioneta y se encontró con un par de colchones viejos en la parte trasera, además de un par de bolsos de viaje.

- Solo llevamos lo necesario - informó Santiago - Estos últimos días nos hemos movido mucho, por lo que descansábamos a un costado de la ruta.

- ¿Algún problema con los infectados? - preguntó Gerardo.

- No en el camino, no suelen quedarse mucho en las zonas rurales como esta. Pero si nos encontramos en un aprieto al pasar por Rio Cuarto.

Estaba lleno, carajo, y la ruta llena de autos abandonados. Nos costó, pero logramos salir de ahí.

- ¿Tienen armas?

Santiago se acercó al asiento del acompañante, abrió la puerta y le mostró la escopeta de su padre que descansaba en el suelo de la camioneta. Le mostró los cañones, estaban vacíos.

Gerardo no sabía que pensar de aquel chico. Sin duda alguna, había echo un gran trabajo manteniendo a su familia a salvo. La señora que dormía detrás no tenía buen aspecto, y en cuanto a la muchacha ... bueno, parecía asustada, pero atenta. Miraba a Santiago con complicidad.

- ¿Quién es la chica? - preguntó en voz baja.

- Se llama Clara, ella es ... - dijo dudando.

- ¿Hermana? ¿Novia?

- Supongo que lo último ...

Supone. Gerardo no supo mas que sonreír. Sin dudas era aún un niño, uno al que le había tocado la mala fortuna de crecer en un mundo desolado.

- Pasen.

Al ingresar, estacionaron la camioneta al fondo de la estancia, donde se había aplicado un toldo negro a lo largo de varios postes donde descansaban otros automóviles a la sombra. Gerardo les dijo que no contaban con muchos vehículos en condiciones, por lo que les vendría bien una maquina como aquella.

Luego de bajarse y cargar con todas las cosas, Santiago pidió ayuda a Gerardo para cargar a su madre. El hombre llamó a un muchacho que se llamaba Rodrigo y varios más que trajeron una camilla y llevaron a la mujer al despacho del doctor.

- ¿Qué le pasa? - preguntó Rodrigo mientras los demás se la llevaban.

- No lo se - lamentó Santiago. A su lado, Clara lo tomaba de la mano.

Se acomodaron en una de las habitaciones del ala Norte de la estancia. Entraban los cinco justos, había una litera y dos camas individuales. Los niños tomaron una cada una, Clara y Santiago también. María descansaría en el despacho del doctor.

- Espero que se hayan acomodado - dijo Gerardo a un lado de la puerta - Vengan al comedor, tenemos anuncios que hacer.

El comedor era una estancia alta, de grandes dimensiones y compuesta por varias mesas individuales de madera desperdigadas por todo el recinto. Allí, multitud de sobrevivientes, familias con niños incluso, se sentaban mirando hacia la cocina. Santiago calculaba al menos unos cincuenta.

Gerardo estaba parado con los brazos cruzados, escrutando a los demás. Parecía estar esperando algo, y al parecer, la gente sabía lo que esperaba. De pronto, el silencio se hizo en la sala.

Una vez que llamó la atención, Gerardo carraspeó y alzó la voz.

- Estamos reunidos aquí por dos cuestiones importantes - comenzó - Primero que nada, tenemos que darles la bienvenida a los recién llegados.

Si bien sus rostros ya estaban puestos sobre ellos, esta vez no se mostraron discretos y se voltearon al unísono. Santiago y Clara sonrieron con nerviosismo. Nadie les devolvió la sonrisa, en cambio, se enfrentaban ante rostros duros y adustos. Desconfiados. Santiago supo que tendrían que ganarse la confianza de sus nuevos compañeros. Incluso llegó a pensar que era una especie de competencia por ver quien permanecía vivo mas tiempo.

Una suerte de aplauso de mala gana reverberó por unos momentos. Luego, el anciano de bastón se adelantó.

- Felicidades por haber llegado tan lejos - dijo.

- Gracias por recibirnos - dijo Santiago.

- Hay un par de reglas que deben tener en cuenta - advirtió Gerardo - En primer lugar, si realizan algo que atente contra la seguridad de esta comunidad, se van. Quedarán exiliados. Si volvemos a ver sus rostros, no

dudaremos en disparar.

Mientras decía esto, Santiago percibió las miradas amenazantes de un grupo de muchachos que estaban sentados en la mesa contigua. Clara tomó a Gutti y Alicia y los atrajo hacia si.

- Segundo, aquí todos tienen un trabajo - prosiguió - Ya sea dentro o fuera. Todos colaboramos para que se siga manteniendo en pie lo que hemos construido. Y tercero, cada uno vela por lo que es suyo. No estamos hablando de la anarquía absoluta, hay un orden que respetar. Pero si pierden algo, cualquier cosa, no nos hacemos responsables. Incluso si se trata de sus propias vidas, no los iremos a buscar.

El mensaje había quedado claro, o así lo hizo entender la profunda gravedad de sus palabras. La gente se hallaba claramente dividida, cada uno con su propio grupo, sin mirar hacia el costado. Esta no era la idea de hogar que Santiago había pensado.

- Y hay algo más que nos concierne a todos - dijo Gerardo.

A continuación, le indicó a un hombre adulto que pasara al frente. Estaba claramente nervioso, así lo decían sus manos y el sudor de su frente. Se acomodó la camisa blanca que llevaba y alzó la vista. Abrió la boca, pero no dijo nada. Estaba midiendo sus palabras. Mientras, el público se mantenía expectante.

- Tenemos un brote contagioso - anunció.

Un murmuro nervioso recorrió toda la sala. De punta a punta todos hablaban cabizbajos, asustados. Algunos miraban hacia todos lados sin comprender lo que significaba, incluso sin llegar a creérselo.

- El diagnóstico preliminar es peste - dijo gritando - Vamos a tener que aislar a quienes se vean contagiados.

El murmullo evolucionó de inmediato en gritos atemorizados de incredulidad, algunos se levantaban de sus asientos e increpaban con desdén a las palabras del médico, alegando que se trataba de una locura, de que no era posible que algo como la peste se originara en aquel rincón del mundo. Santiago y Clara se miraron entre sí, parados y con sus hermanos tomados de las manos. Si bien era extraño, comprendían que no era una locura.

Mientras el bullicio crecía, Rodrigo se paró en la mesa y resonó un largo chiflido. Todos callaron y voltearon a verlo.

- Dejen hablar al doctor - ordenó.

- Gracias - dijo este - Gente, escuchen, la peste es algo más común de lo que parece. De hecho, los últimos casos surgieron hace unos pocos años, y hablamos de miles.

Ahora, todos escuchaban con atención.

- Es una infección que se propaga a través de los roedores, sobre todo las ratas, asi que recomendamos encarecidamente no acercarse a estos animales. Si los muerden o les transmiten algún tipo de garrapata o pulga, pueden contraer la enfermedad. Estamos viviendo tiempos muy antihigiénicos y esto es caldo de cultivo para las bacterias ¿Entendido?

Un murmullo, esta vez más silencioso, volvió a esparcirse por el salón.

- Por ahora, manténganse alertas sobre cualquier indicio de tos, fiebre, dolor de cabeza, escalofríos, vómitos o cualquier malestar en general - continuó - No duden en acudir por ayuda, es algo que puede ser tratado si tenemos los materiales necesarios.

- ¿Los tenemos? - preguntó alguien del fondo.

El doctor aguardó silencio.

- No en abundancia - aseveró - Pero si para salvar algunas vidas. Cuídense.

Terminó su discurso y casi se dejó caer en la silla plástica donde estaba. De inmediato se adelantó Gerardo y retomó el control.

- Sobrevivientes - acuñó - Estamos hablando de una situación de máxima importancia. Por ahora, lo más urgente es salir a buscar más medicinas que nos ayuden a contrarrestar esta dificultad. No solo eso, sino que hemos de atender a los enfermos y eso costará bastantes recursos. Por ello les pedimos su cooperación tanto para una cosa como para la otra.

A Santiago le impresionó la capacidad oratoria del Sargento.

- El hombre sabe hablar - dijo a Clara en voz baja.

- ¿Vas a salir? - le preguntó ella.

- ¿Te vas a quedar? - preguntó el.

- No se quien de los dos correría más peligro, si yo haciendo de enfermera

o vos buscando esos medicamentos - confesó Clara.

- Hey, los dos sabemos cuidarnos - afirmó.

- ¿Sabemos? - dudó Clara.

Agonizante, la madre de Santiago yacía en una cama frente a él. El cuarto estaba oscuro, apenas iluminado por una ventanilla alta que, a juzgar por la luz que entraba, pronto mostraría las estrellas. El la miraba con curiosidad y una mezcla de rabia y pena. Era como si se estuviese dando por vencida. Siempre había sido una persona en extremo fuerte y decidida. Pero, desde la muerte de su padre, sus ánimos decayeron en picada y con ellos su fuerza. Lo que Santiago tenía adelante era solo una sombra de lo que una gran mujer fue.

Ella giró su cara hacia él y comenzó a decir algo entre dientes. Mientras una lágrima surcaba su rostro, Santiago se acercó y pegó un oído.

- Perdón.

Era apenas un susurro, apenas audible, pero que estremeció el corazón de Santiago. En su tristeza, no pudo evitar sonreír. Alzó sus manos y envolvió la de su madre sobre las sábanas blancas.

- Lo hiciste bien, vieja - musitó entre lágrimas - Lo hiciste lo mejor que pudiste, y para mi eso es suficiente.

Ella dejó escapar un largo y audible suspiro, movió la cabeza hacia el costado y se quedó dormida. Santiago procuró revisar que todavía siguiese respirando. Una vez tranquilo, soltó su mano, se levantó y se encontró con Sara, una bonita enfermera de cabello morocho y piel blanca que vestía unos shorts de jean y una remera negra. Estaba apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados y miró a Santiago con respeto. Este no le devolvió la mirada, sino que siguió caminando.

En el camino a su habitación, atrajo las miradas. Con los ojos llorosos y rojos de dolor, devolvió cada una de las miradas hasta que llegó a la puerta. Al entrar, se encontró con la soledad. Clara estaba en el pabellón médico, ofreciéndose como voluntaria para cuidar de los enfermos y heridos. Los niños estaban mezclándose con otros de su edad, en una sala que se hacía llamar "sala cuna", donde juntaban a todos los niños de El Fortín. Según Carlota, una mujer mayor que solía ser profesora de secundario, contaban con un par de docentes que continuarían con la educación de los niños lo mejor que pudiesen. Junto con Gutti y Alicia, se

contaban unos ocho niños de diversas edades.

Acostado en su cama, mirando hacia el techo, Santiago se investigaba a si mismo. Por un lado, se sentía contento y satisfecho con haber hallado lo más parecido a un hogar que había visto en mucho tiempo para su hermana y los demás. Sin embargo, no para de sentir una vacilante sensación, un espectro siniestro que opacaba todo el mundo a su alrededor, sin dejarlo sentir la brisa del aire, la calma del silencio o la comodidad de una cama. No sabía si ese fantasma era su padre o su madre. Pronto serían ambos.

En el halo de la puerta, una figura conocida se asomó. Era Gerardo, el Sargento, quien obstruyó la luz que llegaba del pasillo. La habitación de Santiago era mas o menos como la de su madre, salvo que un poco más pequeña. Su contenido era espartano, solo tres camas alineadas una detrás de otra y una pequeña taquilla entre las mismas. Gerardo escrutó el lugar con parsimonia y luego habló.

- ¿Cómo estás hijo? - preguntó.

Santiago se sentó en su cama y lo miró.

- Triste y contento - confesó con incredulidad.

- Te entiendo - dijo Gerardo -, uno puede ser una mezcla de muchas cosas.

Calló y avanzó con lentitud hacia una de las taquillas. La abrió y buscó en el interior de la puerta. Allí estaba, oxidada y olvidada, pero allí seguía. Una marca hecha a cuchillo en el metal: "Gero".

- ¿Sabés donde estamos ahora? Donde yo hice mi servicio, antes de partir para las Islas. De hecho, esta era mi habitación.

Un esbozo de sonrisa se dibujó en el rostro del Sargento, el cual se esfumó por completo en cuanto se volvió hacia Santiago.

- Lo que hiciste es loable, pibe - confesó - Cuidaste muy bien de tu familia, vos y la chica, ¿Cómo era su nombre?

- Clara - respondió - Sin ella no habría podido.

- Se que no. Por eso tienen que saber que van a estar a salvo acá, tanto ustedes como los dos pibes. Mañana nos vamos a poner manos a la obra con ustedes dos, pero mientras tanto, esta noche es de ustedes. Pueden bajar la guardia acá. Pero si aún no confían, ahora las puertas tienen

traba desde adentro.

- Si, las vi.

Gerardo observó a Santiago de hito en hito. El chico le recordaba mucho a si mismo, hace mucho tiempo atrás. Al cruzar miradas, encontró allí dentro algo que reconoció de inmediato. Era un fuego, una ira desmedida que debía ser encauzada. Gerardo por poco se descarriló y casi le cuesta la vida. Esperaba que Santiago tuviese mejor suerte.

En la noche, mientras los demás dormían, Clara se despertó exaltada. Santiago roncaba, como siempre, pero aunque parecía ser presa de un sueño profundo, lo cierto es que tenía muchos problemas para descansar. Pesadillas, insomnio, incluso se quejaba de un dolor mandibular ya que parecía estar apretando los dientes dormidos. Tal vez, esta vez sí esté descansando de verdad. Ojalá así fuera. Le dio un beso en la frente y le deseó buenas noches.

Ella, por otra parte, sabía que no podría dormir. Los últimos meses habían sido tan intranquilos y aciagos que no podía conciliar sueño más que por un par de horas.

Se levantó, se puso una campera sobre su piel tersa y salió de la habitación, cerrando con cuidado la puerta. Antes echó una hojeada a Gutti y Alicia. Dormían como los niños que eran.

Se escabulló por los pasillos con cuidado. Las puertas de las demás habitaciones se hallaban en su mayoría cerradas. Otras, entreabiertas. A un lado de la suya, una mujer adulta leía a la luz de las velas. Estaba tan absorta en su tarea que Clara no se molestó en despistarla.

Siguió avanzando en la oscuridad del pasillo, dobló una esquina y salió por la puerta principal, la cual estaba cerrada debido al frío invernal que asolaba la noche. La estación apenas había comenzado y muchos ya se quejaban del frío o se preguntaban cómo se calentarían. Por su parte, Clara no había tenido problema con ello, ella y los suyos tenían mantas suficientes para pasar las noches.

Cuando pisó el cemento que conducía hacia las puertas principales, se preguntó porque no se trajo calzado. Igual, se sentía agradable el frío en sus pies. Incluso le gustaba la brisa fresca en sus piernas desnudas, lo hallaba reconfortante.

Avanzó por el pavimento y, a un costado del edificio se hallaba un viejo tomando mate. Ella lo miró por un momento y lo reconoció como el hombre que se hallaba con el Sargento en su discurso de bienvenida. Un

poco confundida por sus actos, se acercó a él.

El hombre tarareaba una vieja canción de tango. Clara la reconocía porque su padre solía poner la radio a todo volumen mientras se tumbaba a leer novelas de Octavio Paz o Ernesto Sábato. Nunca entendió como lograba concentrarse en las palabras con la música de fondo. Nunca entendió mucho de él, pero al acercarse a aquel señor, deseó más que nunca que estuviese vivo, solo por un rato.

Reprimió su dolor y advirtió que el hombre la miraba al llegar. Estaba sentado en una banqueta de madera, con una pava en el piso y el mate en la mano. Con los ojos bien abiertos, no parecía entender que hacía Clara allí en ese momento.

- Perdón – dijo ella, deteniéndose –, yo tampoco puedo dormir.

El hombre la observó de arriba abajo. ¿Cómo había logrado calentar el agua? Tener un calentador de gas era un lujo que Clara y Santiago se habían permitido por poco más de dos semanas. Luego, tenían que subsistir a base de leña. Al ver las inocentes intenciones de Clara, el anciano se relajó y volvió a su posición inicial en la cual escrutaba el horizonte.

- ¿Mate? – le ofreció.

- No, gracias – rechazó.

- Se viene tormenta – dijo Roni luego de tomar un sorbo y apuntó hacia el oeste.

Clara miró hacia el horizonte y divisó los rayos que iluminaban el lejano panorama.

- Con la humedad se me constriñen las circulaciones y me duelen – comentó -, me es muy difícil dormir en noches como estas.

- Debe ser difícil – lamentó Clara.

- Estoy acostumbrado. Además, me gusta la noche, su silencio, su frío. Estoy a gusto en su soledad.

- Lamento interrumpirla entonces.

- No lo hagas. Cuando alguien elige hacerme compañía, sería un tonto en rechazarla – dijo y rio – Son pocos los amigos que le quedan a uno a esta edad.

Clara lo miró con curiosidad. ¿Llegaría ella a semejante edad? ¿Lograría sobrevivir para verse convertida en una anciana que reflexionaba sobre la vida? No quería pensar en eso, el futuro se hallaba demasiado incierto tanto para ella y como para todo el mundo. Y pensar que el pasado podía ser tan predecible.

- ¿Dónde estaba usted cuando comenzó todo? – preguntó.

El hombre alzó la vista y por unos instantes se perdió en sus memorias. Parecía tener problemas para recordar, sacaba la lengua y hacía muecas extrañas hasta que su rostro se iluminó.

- Creo que, como todos, dormía – admitió – Soy viudo desde hace un par de años, por lo que vivo solo y no había nadie conmigo en casa. Solo mi perro, Caucho, pero no hizo ni pío cuando todo se vino abajo.

Clara sonrió, Caucho era un nombre muy extraño para un perro.

- ¿Qué le pasó?

- Lo encontré muerto en la vereda, con las tripas afuera.

Clara reprimió una mueca de asco y miró hacia otro lado. Sin embargo, no parecía que el hombre tuviese muchos problemas con la escena. Mientras oía esto, el muchacho que se había subido a la mesa del comedor durante los anuncios del mediodía paso caminando delante de ellos, a unos metros, envuelto en la oscuridad interrumpida solo por los rayos lejanos. Clara no pudo ver bien su rostro, pero aun así no le gustó la forma en como la miraba. Se sentía observada de pies a cabeza, por lo cual se arrebuyó aún más en su campera, ocultando sus piernas.

Cuando el chico hubo pasado, se sintió un poco más tranquila y con ganas de dormir. Se levantó y le dijo buenas noches a Roni. Este se despidió con alegría y siguió en soledad hasta que amaneció.

A primera hora de la mañana, con el salir del sol, Santiago ya se encontraba despierto y preparado para salir con los demás. Mientras se vestía unos borcegos negros y un pantalón cargo color crema, se preguntaba con qué clase de personas se toparía como compañeros. O enemigos. Había aprendido con rapidez que se podía pasar de un estado

al otro, y de que había personas de ese tipo a la vuelta de la esquina.

Antes de salir de la habitación, se puso su cuchillo en la espalda y escrutó la habitación. Clara dormía intranquila, moviendo la pierna con intermitencia. Gutti y Alicia yacían complacidos entre las sábanas. Dentro de su taquilla entreabierta asomaba el filo de su hacha. Cuando la tomó entre sus manos, esa sensación de inseguridad que le recorría se desvaneció. Se había aferrado tanto a aquel pedazo de fierro, había sobrevivido a tanto con ella que no podría dejarla.

Mientras reflexionaba al respecto, recordó al estúpido que le había arrebatado su hacha cuando intentaba buscar a Clara. En eso, oyó un ruido de sábanas. Ella lo estaba mirando.

- Llévatela – le dijo.

Santiago sonrió.

- Me di cuenta de que no puedo irme sin ella – admitió avergonzado – Todo esto es una locura.

- Entonces no está mal volverse un poco loco, ¿no? – preguntó.

Santiago se acercó, la tomó por la cintura y la besó con profundidad. Se quedaron unos segundos en silencio y se miraron en la habitación que ganaba color gracias al sol matinal.

- Te movés mucho cuando dormís – susurró Santiago.

- Lo hacía cuando era chica y estaba asustada – rio Clara.

- Es hermoso – dijo él.

Se dieron un fuerte abrazo.

- Cuidate ahí afuera – dijo Clara – Por favor.

Santiago le juró que volvería.

Ya en el patio, Santiago se reunió con Gerardo, Rodrigo, otros tres chicos más, un hombre alto y una mujer con una chica. Estaban todos parados en ronda, tomando mate y conversando. Apenas se acercó, lo recibieron con vítores.

- ¡Muy bien! Tenemos a otro valiente – dijo la mujer.

- A este pibe yo le pongo un par de fichas – admitió Gerardo.

- Buenos días – dijo Santiago – No tengo el honor de conocerlos a todos.

- Ya lo vas a hacer – dijo Gerardo – Mientras tanto, te voy a ir explicando cómo funciona esto.

Al parecer, el Sargento tenía las cosas bien organizadas. Eso le gustó a Santiago, ya que conocer cómo funcionan las cosas de antemano le da la posibilidad de desenvolverse con comodidad. Debido a los números que se manejaban en el Fortín, no podían salir todos fuera. Se requería cierta destreza y energía para hacerlo (Santiago nunca tuvo problemas con eso), por lo cual la mayoría de las personas siempre habían elegido pasar los días de supervivencia hacinadas o encerradas, saliendo solo en los casos extremos. Santiago confesó al instante que ellos hacían todo lo contrario, que se movían constantemente, siempre que tuviesen combustible.

- Pero, ¿eso no es exponerse demasiado? – preguntó el hombre alto mientras se sacaba la gorra y se rascaba su incipiente barba.

- Por un momento lo pensamos, pero descubrimos que los infectados no se quedan mucho en la ruta – dijo extrañado – Es como si aún estuviesen acostumbrados a estar cerca de los pueblos o las ciudades.

- Eso es cierto – reconoció Rodrigo – Son como animales, no los podés sacar de su hábitat.

- Éramos iguales antes de que todo comenzara – dijo Gerardo – Solo ahora comenzamos a vernos con un poco de perspectiva.

El Grupo de Reconocimiento (nombre acuñado por Gerardo) se había formado debido a las necesidades de su momento. Cosas como la comida, los medicamentos o el agua siempre habían estado en la lista de prioridades, y lo seguirían estando, excepto que ahora se estaban encargando ellos mismos de producir sus propios alimentos.

Santiago se encontró fascinado cuando le mostraron las tierras de cultivo que se alzaban fuera de la alambrada. Según ellos, tenían al menos una buena hectárea para sembrar y producir, por el momento, papas, zapallos, tomates y cebolla. Incluso habían plantado un par de manzanos y damascos, que, según se reía Gerardo, nunca llegaría a ver crecer.

Santiago comentó que su padre tenía un pequeño campo en el cual cultivaba otras cosas y le había enseñado lo básico, pero admitió que nunca le interesó demasiado y que preferiría enfocar sus cosas en algo con un poco más de movimiento.

- De eso no hay problema – lo tranquilizó el Sargento – Necesitamos toda la mano de obra posible allá afuera. Además, tenemos gente acá que sabe hacer el trabajo y, los que no, bueno … aprenderán.

Luego pasaron a comentarle que se dividían en grupos según la cantidad de vehículos que tenían. Antes de la llegada de Santiago, contaban con una camioneta, una trafic con dos asientos y dos automóviles pequeños. Con la camioneta de Santiago, las cosas se ponían mejores. Los autos no servían mucho para transportar cosas de gran tamaño, y la trafic era casi lo mismo, pero con un poco más de tamaño. Sin embargo, con lo que tenían se las habían arreglado bastante bien.

- Salvo el Renault 12 – dijo uno de los muchachos – Estamos teniendo problemas con ese.

- ¿Qué le pasa? – preguntó Santiago.

- Se calienta demasiado y pierde líquido – explicó el chico – Hemos estado trabajando en eso con Hernán, el único mecánico, y de momento hizo un buen laburo, pero dice que las piezas están demasiado viejas y que tarde o temprano vamos a tener que cambiarlas.

- Por lo cual ya estamos pensando en un vehículo menos – explicó Gerardo.

Santiago dejó de escuchar por un momento y se enfocó en la chica que se escondía detrás de la mujer que lo había recibido. No había dicho ninguna palabra desde que él llegó. Era muy bonita, y le gustaba como se movían sus cabellos claros con el viento en alza. Se sintió culpable por pensar en otra que no sea Clara y desvió su atención devuelta hacia el grupo.

- El problema con los vehículos – reanudó Santiago – es que luego del día uno todas las baterías comenzaron a descargarse ya que nadie estaba ahí para mantenerlas.

- No muchas personas saben mantener un vehículo – dijo Claudia – Yo personalmente siempre traté de hacer las cosas yo misma, pero hay gente, como Mabel, que nunca tocó el interior de un auto.

- Mabel nos dio el Renault 12 – acotó Gerardo a Santiago.

- ¿Nos encontramos lejos de tener nuestra propia energía? – preguntó

Santiago.

Gerardo se cruzó de brazos mientras suspiraba.

- Sería todo un sueño, a decir verdad – admitió – Imagínense poder tener, aunque sea, una bombilla en cada pasillo, por las noches. Cambiaría todo.

- Agua caliente.

Santiago se giró junto con el resto del grupo al oír a la chica rubia hablar.

- Hace meses no me baño con agua caliente – dijo Claudia.

- Podríamos conseguirlo – dijo Gerardo – Primero necesitamos un generador, y luego, acondicionarlo.

- Y el combustible – dijo Rodrigo.

- Va a ser difícil – dijo Santiago, apenado.

- Bien, pasemos a lo importante.

Gerardo abordó el tema de la peste con total seriedad. Parecía estar hablando de una sentencia de muerte, si no se trataba como se debía. Teniendo en cuenta la gravedad de la enfermedad, a Santiago le daba seguridad tener a alguien que no perdiera los nervios ante tal situación. El hombre habrá tenido sus batallas, habrá visto cosas.

- Estuve hablando con el doc., y me dijo que los mejores antibióticos son … - se detuvo para sacar un papel – Estreptomicina … doxicilina … cipro … Mierda, la letra de Josué es ilegible y yo no tengo mis lentes.

Luego de provocar una carcajada general, se lo pasó a Rodrigo y él lo leyó en voz alta. Estos antibióticos son los más recomendados, además de ser lo suficientemente comunes como para ser encontrados en farmacias o incluso hospitales. Además, es esencial encontrar guantes o mascarillas para asegurarse de que el personal médico no se contagie.

- ¿Ninguno de ustedes a presentado síntomas? – preguntó Gerardo – ¿Fiebre, tos, dolor en el pecho o dificultad para respirar?

Todos se miraron y negaron con la cabeza. Al estar satisfecho con el grupo, el Sargento explicó a Santiago como sería la división del mismo. Normalmente, Rodrigo se llevaba a dos de los muchachos en uno de los automóviles y Walter, el hombre alto, con el que sobraba. Claudia y Sofía, la chica rubia, iban con él en la camioneta. Ahora, ya que contaban con un

vehículo más podían hacer las cosas de una manera diferente.

- Yo diría que Sofía y vos se podrían llegar a entender – dijo Gerardo.

Sofía se encogió de hombros y miró a Santiago.

- Esperemos que así sea – dijo este.

Ya organizados, se prepararon para salir. A todo esto, Santiago comenzaba a sentir frío. Estaba de camiseta manga larga, pero el viento se tornaba gélido con el correr de los minutos. Fue hacia adentro, tomó una campera de cuero gastada y se arrebulló en ella. Miró la habitación vacía por unos momentos y un súbito temor lo invadió. Hacía meses que no se separaba de Clara y los chicos.

Abandonó la habitación con un nudo en el pecho y se fue hacia los baños. Estando solo, se apoyó sobre el lavamanos, se lavó la cara cuidando de no gastar demasiada agua y se miró al espejo. Se asombró de lo que veía. Estaba frente a algo que parecía casi un adulto, con el pelo crecido, la barba incipiente, las ojeras bien marcadas. Se hizo hacia atrás y se observó de pies a cabeza ¿Ese era Santiago? Hacía unos meses estaba pensando en toda la fiesta que tendría en el último año de secundaria. Ahora, solo pensaba en sobrevivir.

Se alteró cuando alguien tocó la puerta. Era Sofía, apoyada en el marco de la misma con mirada vacía.

- ¿Listo?

Santiago comenzaba a dudar. No de sí mismo, confiaba en sus capacidades. Sus dudas provenían de su compañera. Mientras encendía la camioneta y esperaba a que los demás salieran para seguirlos, la observó por el rabillo del ojo. La chica llevaba ropa suelta, toda negra y deportiva. Siempre parecía tener el ceño fruncido. Santiago se quedó mirándola. Ella lo notó.

- ¿Qué mirás? – inquirió.

Santiago pensó por un momento.

- ¿A cuántos mataste? – preguntó.

Ella entendió de inmediato a que se refería.

- ¿Por qué la pregunta?

- Necesito saber si puedo confiar en mi compañera.

- Los suficientes como para que no me importe hacerlo – confesó airada - ¿Eso te sirve?

Santiago asintió, hizo marcha atrás y se alejaron por la ruta. La verdad residía en que no tenía cara de guerrera o asesina, si es que uno se convertía en asesino por matar a alguien muerto. Para ser sincero, la veía más como aquellas compañeras del secundario que estaban más preocupadas en el próximo pibe que se comerían o su color del cabello, totalmente alejadas de la realidad. Santiago supuso que, tal como a él, la realidad los cambiaba a todos.

- ¿De dónde sos? – preguntó curioso.

Sofía se arrellanó aún más en su asiento, incómoda.

- Vivía en Córdoba, pero soy de Buenos Aires – dijo.

- Y ahora estás en el campo – ironizó - ¿Te sentó bien el cambio?

- Es un embole – rezongó.

Santiago rio para sí.

- ¿Qué? – preguntó Sofía.

- Puede ser un poco aburrido, sí – admitió mirando la ruta – Pero apuesto a que vivís mejor que estando en la ciudad.

- Tal vez.

- ¿Cómo llegaste acá? – preguntó Santiago.

- Con mis primos – dijo ella – Uno se ha ido, otro sigue en la madriguera y el otro … bueno, digamos que no lo he visto nunca más.

- ¿La madriguera?

- Así le digo al sucucho ese que llaman “El Fortín” – gesticuló con los

dedos.

Santiago rio de buena gana.

- Es buena – admitió – Capaz la use.

- No, es mía.

- Esta bien.

- ¿Y vos? ¿Con quién viniste? – preguntó ella.

Santiago hizo silencio. Se había olvidado por un instante sobre su padre, sobre su madre. La verdad que, desde que se había unido al grupo de reconocimiento y haber ubicado su cabeza en realizar algo útil que ayude a los demás, el dolor y la pena de sus pérdidas habían pasado a segundo plano. Ahora llegaban como una punzada que atenazaba su pecho. Le sorprendió lo rápido que había procesado que su padre ya no estaba. Sin embargo, seguía doliendo y lo haría durante algún tiempo. Pero, le resultaba imposible no albergar esperanzas con su madre. Tal vez solo se trate de un letargo. O quizás este mundo haya sido demasiado para ella, la persona más buena que conoció jamás.

Al ver que no contestaba, Sofía se disculpó.

- No hay problema – dijo Santiago – Lo cierto es que no me había dado cuenta lo aislado que me volví al respecto. Desde el día cero lo único que quería hacer era estar con mi familia. Y ahora …

Hizo silencio por un momento y tomó una decisión.

- Mi padre murió – confesó, y dejó escapar una lágrima – Hace un par de meses. Y mi madre … temo que vaya por el mismo camino.

Sofía yacía en el asiento del acompañante, impertérrita. Cuando Santiago pareció serenarse, habló.

- Nunca conocí a mis padres. Soy adoptada, pero ellos murieron cuando yo tenía catorce, en un accidente.

- Lamento oírlo.

- Era muy chica, y capaz me volví algo antipática y asocial, siempre me gustó estar sola. A partir de entonces mis tíos se hicieron cargo de mí, pero no lo suficiente como para mantenerme en línea, por lo que siempre anduve de acá para allá, sola. Me metí en los libros y la música, y me

cuesto mucho salir de ahí.

Santiago comprendía. Algo similar solía ocurrirle a Clara desde que había perdido a sus padres. A veces la encontraba meditando ante la oscuridad, mirando el vacío infinito. Desde que su propio padre se fue, Santiago comenzaba a comprender esos sentimientos de pérdida. Tal vez esos momentos de introspección eran simples viajes al pasado, a la memoria.

De pronto, la voz de su viejo resonó en su interior. Y su olor, un olor a camisa vieja, gastada y sudorosa. Hogar. Era un momento ubicado en la adolescencia de Santiago, esa etapa que se fue tan rápido en su vida.

"Yo nunca supe muy bien qué hacer con mi vida. Supongo que me decanté por el campo porque era lo que conocía, gracias a tu abuelo. Pero, para serte sincero, dudo que haya un camino correcto. Así que … vos tranquilo. Ya se te van a abrir las oportunidades".

Esto le decía el hombre ante las dudas propias de la edad que le surgían a Santiago. De pronto, añoró mucho a ese hombre, y se percató que, desde su muerte, no había vuelto a pensar en él. Le dolió mucho pensar que no quedase su cuerpo, que no tuviese una despedida propia. Se convirtió en carne para los infectados. Ojalá no fuese uno de ellos.

Una mosca se posó sobre su antebrazo, junto encima de un tatuaje que representaba la figura de una mujer haciendo una danza ritual. Acercó su otra mano con astucia y sigilo, posando su sombra sobre la desdichada. En un abrir y cerrar de ojos, aplastó su mano contra su brazo, dejándole una marca dolorosa y colorada. La muy puta había escapado.

La puerta se abrió con estrépito y un hombre apurado rodeó el escritorio de la habitación a oscuras. En su vida pasada, Marcos Corona, la ley de Santo Domingo y la última palabra y autoridad del miserable pueblo que convirtió en su reino, había sido un exitoso empresario, de aquellos que podían costearse un par de semanas para irse a un safari en el medio de la savana africana en búsqueda de un buen ejemplar de elefante para añadir a su colección.

Ahora, abría la ventana de su pequeña casa, bien acomodada, y se sentaba atrás de un mueble de fina madera apolillada. Se sentía como en un chiquero, extrañando sus extravagantes departamentos en las

Bahamas y sus viajes exuberantes en el BMW que lo conducía por toda Francia. Quien diría que, al comenzar el apocalipsis, se encontraría en casa de sus abuelos, de visita.

Pero aquellas fatigantes circunstancias se detuvieron cuando llegó el hombre que tenía delante. Se había presentado como Facundo Garmendia y, a escasos metros de la entrada a Santo Domingo, inspeccionando una casa abandonada, abatió a uno de sus hombres.

El hombre estaba obnubilado mirando algo en la pared de atrás que Marcos no logró reconocer. Su paciencia se agotaba.

- Mataste a uno de los muchachos – sentenció.

De mala gana, Facundo volvió a centrar su atención en él.

- Él se lo buscó.

Según Campana, su secuaz directo, el chico le había apuntado según las ordenes que había recibido de Corona en persona, como los demás soldados. Campana había presenciado cómo Facundo sacaba una vieja Ballester y apuntaba al chico. Antes de que pudiese reaccionar, ambos dispararon. El muchacho falló el disparo, explotando un viejo tanque con agua sucia y estancada que descansaba en la cocina. El tiro de Facundo no podría haber sido más certero. Le dio en el centro del pecho. Mientras el chico caía, los demás, quienes habían oído la alarma del ahora fallecido, se congregaban alrededor de la casa y lo forzaron a salir con las manos en alto. El aludido lo hizo con total calma y tranquilidad, como si fuese rutina. Temeroso, Campana creyó que su sangre era hielo.

- ¿Qué mierda voy a hacer con vos? – dijo su acento italiano.

- ¿Dejarme ir? – ironizó.

- Antes te convertirías en carne para infectados. Viva – apuntó con un dedo sobre la mesa – El padre del muchacho, uno de los pocos tipos con dos dedos de frente en este lugar, te quiere muerto.

- Y si así lo quiere, que venga a buscarme.

- No jugués conmigo, no podés, no estás en posición.

- A mí no me lo parece – retrucó y se apoyó sobre el escritorio como un niño de ocho años – Lo que yo veo es que aún sigo vivo, lo que me indica que algo necesitas o querés de mí.

Se enderezó y alzó las manos.

- Solo soy un buen samaritano.

Acto seguido, hundió la mano sobre la madera e hizo saltar los lápices y papeles que allí descansaban. Dio vuelta la palma y encontró a la mosca aplastada contra su piel. Victorioso, rio y le mostró su víctima a Marcos.

Corona sentía asco y desprecio. Pero podría usar a aquel hombre.